

Francisco Nieva. Teatro completo Volumen I
La Mancha - Servicio de Publicaciones de la
Junta de Comunidades de Castilla - La Mancha, 1991.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

1181237

NOSFERATU

(Aquelarre y noche roja de)

Reópera

*Haz vacilar nuestra razón
en el seno de su propia ciencia
y arrebatarnos la inteligencia
en las garras de un nuevo tifón.*

A. ARTAUD

NOTA DEL AUTOR A ESTA EDICIÓN

No me parece disparatado comparar la forma de escritura de NOSFERATU, fantasía críptica con el subtítulo de «reópera», al «teatro de vanguardia» de Federico García Lorca, que no es lo que yo más admiro de su obra.

Me temo que siempre que un poeta se proponga hacer tabla rasa de los aburridamente resistentes puntales aristotélicos, inventarse —sin cálculos— un nuevo teatro, dentro de la más exagerada euforia, aparezca «eso».

Eso que, a prima lectura, es desagradable, se duda de que sea o no sea teatro, hace pensar inoportunamente en los problemas materiales del director: encuentra los personajes como estampas, sin desarrollo ni explicitud. Todo parece arbitrario y al fin nos damos por vencidos y no pretendemos ya saber como puede terminar aquello. Y la impresión final es que no sabemos si se trata de algo muy aquilatado o de algo infinitamente ñoño y deshuesado.

Esto es a la lectura. En una representación comprobaríase cuántas obligaciones debería el autor al DIRECTOR, con mayúsculas.

Nota del autor a esta edición
El teatro es un arte
de la palabra y del gesto
de la voz y del silencio
de la luz y del color
de la música y del ritmo
de la vida y de la muerte

En efecto, son obras soñadas por un director. Téngase en cuenta lo importante que es el personaje del director en el teatro vanguardista de Lorca. Dentro y fuera de él.

Todo el teatro ortodoxamente surrealista se parece. Léase «Las mamellas de Tiresias» y sonará igual. El secreto de esta apariencia consiste en que el poeta reclama del espectador una disponibilidad y una atención nada comunes, que abra todos los poros de su sensibilidad y juegue e interprete agudamente con todo el material denso y resumido que se le entrega. Dramaturgia de diseño abierto.

Finalmente, ello es así; ha sido sin duda una forma específica de escribir teatro, acorde con la mentalidad vanguardista del siglo xx. Su formulación radical ha contribuido, no obstante, a renovar las escrituras dramáticas.

En cuanto al carácter milenarista o profético de «Nosferatu», su trazo apocalíptico, más es cosa de examinar por la crítica que por mí.

F.N.

Al lado de los personajes irreductibles, enamorados de su propia desdicha, se sitúa el «madrigal», el coro de humildes enajenadas y eternas esclavas de la falaz conservación del pasado y del porvenir. El «madrigal» hablará o cantará al unísono o diferenciando las voces, si así se desea para romper cualquier monotonía, pero, aun por separado, todas quieren decir lo mismo.

El escenario se inspira en la alta historia del cine mudo, en sus incoloros fantasmas y primitivos mitos: «Nosferatu», de Murnau; «La Reina Kelly», de Ströheim; «La calle sin alegría», de Pabst; «Mikey Mouse»...

Evocamos estas imágenes oscilantes casi con un sentimiento de terror, porque son los primeros fantasmas bien conservados de nuestro tiempo y a los que mejor podemos pedirles su culpable complicidad en el hechizo.

PERSONAJES

La malvada REINA KELLY, Kelly triunfante.
OTILIA, señorita dolorosa y sobrina del vampiro.

«Nosferatu»

AZUL, buscona violinista.
GRETA, verdulera suicida.
LA AURORA, diosa del alba.
NOSFERATU PITIFLAUTI, vampiro urbano.
EL GRAN MARCIAL, soldado corruptible por amor.
EL APRENDIZ, chaval de cuidado.
FIACRO, bandido, contrabandista y profesor de ski.
EL AGONIZANTE, periodista y reportero a medio morir en la contienda.
MIKEY Y SUS BUENOS MUCHACHOS.
LAS CUATRO NENAS DEL «MADRIGAL».
DOS «MARCIALES» BISOÑITOS Y OTROS MARCIALES DE LA GUARDIA.

(Estamos en la Europa fatal del expresionismo. El Danubio la cruza irremisiblemente. Cielo de estuco abullonado. Ciudad de la mala ley bajo el orden. Urinarios góticos, teatros mesopotámicos y periódicos en el viento con noticias de política cubista. Fábricas de chispas y de gases que sólo trabajan a las altas horas de la madrugada. Muy mala pata en todo. Gran obertura desagradable. Todos los músicos llevan bufanda. La calle sin alegría. El agonizante, bajo la ventana de la casa de ladrillo ahumado del acaponado vampiro Nosferatu Pitiflauti, yace con un cuchillo clavado en el pecho. Pasa por lo alto el vehículo mecánico de la Aurora, negruzco también, con permanente servicio caliente de café, té y «ratafia» en la trasera. Envuelta en acrobáticos y planeantes velos, la Aurora muestra, sin embargo, unas indecentes ojeras. ¿No será trasnochadora? El caso es que para el carro y se inclina, escuchando la lamentación del agonizante.)

EL AGONIZANTE.—Mi hora ha llegado, pobre de mí. De esta forma me veo por andar tras el amor. Maldita vida de pelo y de sombra, maldita brecha de la tuberculosis y el crimen. Pero ya es tarde. Aquí se detiene la muerte con su carro y me hace señas de que todo ha terminado. Despatárrate, ojerosa, y trágame entero en el lago de orines. Te lo digo y lo repito: eres una tía abominable.

LA AURORA.—Te equivocas, moribundo. No soy la muerte, sino la Aurora. No me insultes y escúchame. Estás en trance de ver lo nunca visto en los últimos minutos de cine rayado y parpadeante. Yo te pienso socorrer. Mucho me extraña que me desconozcas. Cuántas veces nos hemos cruzado en el camino, yo de ida y tú de vuelta, de tus infames correrías, con

el sexo desangelado y en las antípodas del entusiasmo. Eres un ruin, que sólo vive de aspirinas y de mala poesía modernista, un desperdicio de estos tiempos. Nunca has tenido para mí un saludo cortés, como el de algunos condes que salen del baile. A pesar de que no me faltan atractivos. Mírame, criatura, de una vez con buenos ojos y observa este fresco descote, este rocibrillo de mi pelo y estos brazos de escarcha...

(Se descubre muy aputañada de actitud.)

EL AGONIZANTE.—¡Pst! No estás mal, pero te caes de inoportuna. Me estoy muriendo. De nada sirve que vengas con reproches en momento tan grave. No vengas ahora a turbarme con exhibiciones tan fuera de lugar.

LA AURORA.—¿Qué estás diciendo? Dame las gracias por tu suerte. Vengo dispuesta a salvarte. Eres de los que a mí me gustan. Nada menos que periodista, morenito y febril; un elegido sinvergüenza, espuma de las madrugadas. La Muerte se ha entretenido en preparar un ataque masivo para confundir a Europa. Desde aquí la veo dando órdenes contradictorias, levantando estandartes de duelo y animando con una corneta emponzoñada sus tropas al asalto. ¡Menuda es la que se avvicina! No te demores, amor mío, arranca de tu pecho ese puñal y álzate hasta mi carro. Anda, que te voy a servir un café que te va a dar una mañana de recién casado.

EL AGONIZANTE.—*(Haciendo un esfuerzo.)* Imposible, no puedo.

LA AURORA.—Yo te lo mando. Arranca con tiento ese puñal y agarra la escala que desde aquí te arrojo. ¡Ánimo, chico! Tengo una carne, entre rosa y ceniza, que te va a devolver la vida.

EL AGONIZANTE.—¡Oh, qué luz de esperanza! No sé si sueño o la espicho. ¡Ayudadme, fuerzas! ¡Espérame, Aurora!

LA AURORA.—*(Viéndole ascender por la escala.)* ¡Cuidado! Mira bien dónde pones el pie.

EL AGONIZANTE.—*(Con grandes esfuerzos, se alza hasta el carro y entra en él.)* ¡Qué delicia! ¡Vaya un vehículo de marca! Parece el rincón de un casino. Estas cosas que me ocurren no parecen verosímiles. Aquí debe haber algún simbolismo oculto.

LA AURORA.—Pronto lo descubrirás, papanatas. Arrímate y ve apartando velos. Mientras yo palpo el hueso de tus brazos, insúltame y llámame puta mañanera.

EL AGONIZANTE.—Ya he dado con otra viciosa, no tengo escapatoria.

LA AURORA.—*(Arranca al agonizante su cuchillo clavado en el pecho, lo huele con delectación y luego lo arroja al fondo del coche. Se vence sobre él, apasionada, enjugando el sudor de su agonía.)* ¡Ganas tenía de atrapar a un tipo como tú, sombreado en castaño; ¡Y qué pestañas de periodista!

EL AGONIZANTE.—¡Periodista...! ¡Un fracasado! Yo sólo me ocupo en la imprenta de los perros atropellados. El resto se me va en hacer el amor y en mirar el lavabo de mi cuarto para encontrarle un nombre de mujer ideal. En confianza te lo digo. A todas os engaño con el lavabo. Él se ha tragado mi mejor bilis de todas las mañanas.

LA AURORA.—Bésame, mameuco. Yo soy tu lavabo. Tengo la garganta llena de pelos húmedos y con un gorgorito de otras habitaciones.

(Acariciándole.)

Pobrecito niño mío. No sueñas. Ha llegado el tiempo final de todo lo que se desea, el mundo breve y gustoso de las mayores oscuridades. Besa, besa... Yo soy la Aurora de las pos-trimerías. La tierra se acaba, yo te doy esa noticia.

EL AGONIZANTE.—¿Que se acaba...? ¿Y por qué?

LA AURORA.—Mira tu calle barrida por la mala suerte. ¿Quiénes son los que aquí viven? Los que de no tener nada quisieran, sin más ni más, comerse la cresta del ave Fénix y sorber la médula del Unicornio, todo por la primera y última vez. Nunca pudo ser posible, pero ahora lo será a las puertas de la muerte. Los pobres abominables vais a pedir y obtener el triunfo de la tentación y el crimen, el gustazo de Nerón y el cachondeo de Agripina. La destrucción y el paraíso. Sopas y sorber, la vida plena, lo imposible...

EL AGONIZANTE.—Yo deliro. ¿Que va a llegar lo imposible...?

LA AURORA.—Va a llegar y va a morir. Igual que llega el amor y se va, como la estrella del rabo largo que se pierde

en el infinito sin que se sepa dónde va a parar. Por una vez, una vez..., dará un vuelco el universo en vuestras manos. ¿Estás contento, mi querido perjudicado? Ven conmigo y todo lo veremos desde lo alto. Eres el periodista elegido, el canallita señalado, el cronista de la catástrofe, que va a estremecer al mundo con un placer nunca sentido.

EL AGONIZANTE.—Pues sea como tú quieras si me salvas la vida. Vamos donde todo lo vea, con amor y café todo se sobrelleva.

LA AURORA.—(Triunfante y declamatoria.) Así te quiero yo. ¡Abriros, montes de niebla! Escucha cómo ya vocean los vientos del aquelarre. ¡Agárrate bien, que llegan los caminos de la mala sombra! Nunca sentirás tu juventud mejor que ahora, al compararla con la vejez del mundo. Apriétame, periodista, y mira esta tremenda inundación de estiércol para la última cosecha. ¡Pabuuuuh...! ¡Pabuuuuh...!

(Salen disparados y se hunden entre gordas nubes de azufre.)

(Se escuchan campanas y arrastre de tranvías. Por un extremo surgen las cuatro figuras del «madrigal», visten andularios blancos, al estilo neoclásico, llevan un papel de música en la mano.)

EL MADRIGAL.—(Canta o semicanta.) Ya se han despertado los pueblos y los caminos y la ciudad se enmandila para el trabajo.

—El honesto funcionario sale de su casa y su mujer se acuesta de nuevo para poder echar buen pelo.

—Los ríos saltan de peces y la tierra verdea. Toda ella parece tirolesa.

—El pastor de los campos va por los vericuetos con la feliz agilidad de muchos necios.

—El viajero se siente libre y canta como si ésta fuera la más radiosa mañana de su vida...

FIACRO.—(Entra ondulando su capa, y en medio de la escena dice.) Descuidadas musas del aburrimiento, que cantáis por rutina las frívolas apariencias de los días, mantenederos en alerta y no seáis tan optimistas, pues no lejos de aquí el desastre —guerra y peste— viene asolando regiones y trastornando la convencional cartografía. Yo, el temible Fiacro —último bandido montañés, contrabandista y profesor de ski—, que esta

madrugada misma el crimen he cometido en un rival, cuando pretendía escapar, buscando a todo correr una frontera que me salvase, me he topado con la muerte en el pleno de sus poderes. ¡Ah, qué fatídica vendimia! ¡Una tremenda hecatombe! Y allá voy donde pueda ocultarme, allá donde pueda burlar a la justicia, al dolor y al estrago.

(Se va como entró, tan agazapado y siniestro.)

EL MADRIGAL.—¿Qué ha dicho ese hombre de luto? Nada se ve que confirme tan siniestros presagios. Habrá querido so-
liviantar nuestro apacible cánto, ahora que íbamos a ocupar-
nos en ensalzar y recomendar al vecindario las excelencias de
las máquinas Singer para coser en el huerto, entre las calabazas
cuadradas que comienzan a salir del futuro.

—Sólo debe ser una criatura de tinieblas, un retrógrado de los que se complacen imaginando desdichas y bancarrotas.

—No le hagamos caso. ¡La, la, la, laaa!

—Continuemos nuestro pregón de la naturaleza corregida por la civilización. ¡La, la, la, laaa!

—Y vamos donde nos lleve el capricho, que es nuestro dueño y el enemigo de la pasión.

—Sin pasión todo permanece tranquilo.

—Sin pasión nada acontecerá. ¡La, la, la, laaa!

(Se van tropezando un poco y mirando al público con alguna desconfianza. En los altos de un cuartel tres retrecheros marciales limpian sus botas con virtuosismo, calzándose en un brazo, largas como un guante de corte.)

LOS TRES MARCIALES.—Somos hijos de la contemplación en este cercado de la simplicidad, cantares de almíbar destilamos, dulces de fruta y almendras nos pasamos con el té perfumado de antemano... cuando cesa el cañón.

—Y el tiempo cae suavemente en lluvia de harina sobre nuestro gabinete de reposo con piano y «chaise longue»... cuando cesa el cañón.

(Se abre la ventana baja de la casa de Nosferatu Pitiflauti y aparece la sobrina, Ottilia, despechugada y sudada de catástrofe.)

OTTILIA.—(En soprano dramática.) Oh, mi amante, ¿qué ha sido de ti? En esta madrugada fría, al descender de mi ventana, la traición te ha cogido por los pies. Pero juro, si eres

Se van presentando los personajes -

muerto, que a tu encuentro he de ir por el ayuno, la desesperación y las lágrimas...

EL PRIMER MARCIAL.—Ahí está la cursi de la calle sin sol, la sobrina del vampiro de Dusseldorf.

OTTILIA.—¡Grosero!

(Volviendo a su tema.)

Mi culpa públicamente he de confesar. En las manos de mi tío Nosferatu un cuchillo pondré que a mi dolor sirva de reparación, al tiempo que en los ciegos abismos a los dos, querido mío, nos una en eterno abrazo. Da parte de nuestras bodas en tu familia de sombras, prepara la barca de nuestro naufragio y los limbos de nuestro reposo...

EL SEGUNDO MARCIAL.—Más te valiera hacer vainica, niña de las verdes venas, la chupada por su tío, la que sirve la gripe en los cafés de la periferia.

OTTILIA.—*(Furiosa y con mucho desgarro.)* Calla, moñitos, talle de avispa. ¿Qué te paga el general porque le bordes el ojal?

EL SEGUNDO MARCIAL.—¡Envidiosa! Tú eres la que pierdes esos algodones amarillos para que los niños inocentes los recojan y se mueran de pegotosos. Pestiferada, mala modista. ¿Quién te aconseja que de tal modo te lamente en público, con razones que se pasan de moda a medida que las vas pronunciando?

OTTILIA.—De modas tú sabes cuanto hay que saber, y de culos viejos a más no poder.

EL TERCER MARCIAL.—Déjala, Gastón, que te contamina.

EL PRIMER MARCIAL.—Es tan ordinaria como morena. Es de la casta de la desesperación. ¡Oxte, la judía, la modista, la pianista, la que mea sin color en la calle sin sol, la sobrina del vampiro de Dusseldorf!

OTTILIA.—*(Fuera de sí.)* ¡Engendros sin padre y madre! ¡Soldados desconocidos! ¡Que no pueda una muchacha desesperada salir a lamantarse a su calle en busca de un público misericordioso...!

Otilia: opustada

EL SEGUNDO MARCIAL.—¿Quién te ha enseñado a importunar al contribuyente? ¡Fuera, fuera, triste pécora!

OTTILIA.—*(Maldiciéndoles, al tiempo que cierra la ventana.)* Que el mal sino nos cosa a todos en la misma pelota, amén.

EL TERCER MARCIAL.—*(Dolido.)* Esta tonta es capaz de traernos la maldición faraónica. Ese pueblo lacrimoso y ahorrativo me levanta el estómago. Chicos, vamos a la parada.

LOSTRES.—*(Cantando, o simplemente al unísono.)* Somos hijos de la contemplación en este cercado de la simplicidad...

(Se retiran. El triste día comienza a llenarse de rumores ácidos y desaprobatorios. Entra el aprendiz de Nosferatu Pitiflauti, maligno y enclenque, con una caja de muerto sobre la cabeza. La caja lleva escrita en finústica proclama: «Nosferatu y sobrina, Pompas Fúnebres Económicas»; y por el otro lado: «Calle del Último Trueno número dos». Deja el aprendiz el ataúd a la puerta de la casa y descansa sentado en él, mientras enciende un cigarrillo, al que propina unas chupadas de ternero vicioso. El tráfico sólo se proyecta en el suelo por medio de rápidas líneas entrecortadas.)

EL APRENDIZ.—Todo lo aprendo en casa de Nosferatu Pitiflauti, menos a silbar el último tango. Que mi madre me retire antes de que me coma la pena. No me queda libertad ni para asistir detrás de la tapia al Club de la Masturbación. Se me están rompiendo los dientes de resbalar delante de todas las confiterías. Ay de mí, que no me veo en el espejo ni puedo peinarme con la raya derecha.

(Abre Otilia la ventana. Lleva en las manos una jofaina con mondaduras y agua sucia.)

OTTILIA.—Mueren muchos en el mundo sin amor y sin gloria. ¿Qué importa ser cruel?

(Vacía la jofaina sobre la cabeza del aprendiz y se retira, cerrando de nuevo.)

EL APRENDIZ.—Así me tratan, para que el público lo vea... Y el guardia de la calle, en lugar de defenderme, dice que va a escribir sobre mí una novela. Todas las vidas están descarriadas.

(Se escuchan golpes dentro de la caja.)

El amo, que se impacienta.

(Se alza, da vuelta a la llavecita y vemos salir de entre la tapa la mano sarmentosa y de una vil palidez de Nosferatu.)

Ya ha llegado el día, maestro, y con peores modales que el anterior.

(Nosferatu se va alzando y se le ve muy acartonado en su negro macferlán espolvoreado de verdines de putrefacción. Todo él es pura taracea que recuerda la sombría fermentación del queso. Deben destacarse bien sus uñas y sus colmillos.)

NOSFERATU.—¡Ah, qué opresión en el pecho! Llevas razón, Celestino. La mañana me desazona cada vez más en comparación con la noche libertaria. Tú también tienes mala cara.

EL APRENDIZ.—Maestro, necesito unas vacaciones.

NOSFERATU.—¿Ahora me vienes con ésas? Ya te las tomas, gandul. Me descargas en el camino y te sientas en el estuche a mirar bobamente a la luna con las manos en la bragueta.

(Atornillándole una oreja.)

Te me estás volviendo melancólico. ¿Qué le pides al cielo borrascoso?

EL APRENDIZ.—Las miserias de mi edad. ¿O es que nunca ha sido joven? Quisiera dar juego al mundo, vivir la vida, ¡qué carajo! Me gustaría robar y cometer algún crimen pequeño en gato o en perro. Travesuras de revancha. Hacer que tropiece mi padre y llenarme de remordimiento. Sueño que entro en el palacio real sin pantalones y que todos me hacen acatamiento porque me ha bendecido el diablo. Sueño, cuando sea mayor, lo que le pegaré a las mujeres. Y también que soy poeta, lleno de un odio que da gusto.

(Remedando a la sobrina.)

Mueren muchos en el mundo sin amor y sin gloria. ¿Qué importa ser cruel?

NOSFERATU.—Con esas ideas románticas nunca aprenderás a chupar en firme ni a imitarme con buen provecho.

(Sale por completo del ataúd.)

Anda, mete el estuche en la casa y enróscate a dormir un poco.

EL APRENDIZ.—No puedo dormir, que me muero de frío.

NOSFERATU.—Mejor. ¿No son nada los delirios del catarro? La enfermedad enseña mucho. En ella aprendes más que en la escuela. En ella ves a toda la sociedad ondulada y convertida en un mar boca abajo y tú sentado en el fondo. Hijo, no le temas a ningún morbo contagioso, que son fuente de conocimientos. ¡Hala, hala! Vete a tus padecimientos, que siempre es deseable llevar una vida de interior.

EL APRENDIZ.—No me gusta la vida de interior. Quisiera ser un hombre elegante.

(Nosferatu le amenaza. El chico, cargado con la caja, entra en casa, aunque primero escupe con desprecio.)

NOSFERATU.—Je, je. Esa criatura, hijo de la erisipela, es mi alegría más de cuanto él se figura. Aún es muy tierno y no sabe darse gusto con su propia infelicidad. La catástrofe es la orgullosa medalla de los catastróficos. ¡Muera el bien público! Es una indeseable sosería. ¡Tanto anunciar las máquinas Singer y la entrada por los arcos de triunfo! ¡Tanto viajar en el Oriente Express y comer lenguados a «la grand Dumont»! ¡Bagatelas de anteguerra!

(Se despereza.)

¿Quién dice que Nosferatu no puede ser feliz? Ya se relajan las hormas de mundo a la mayor velocidad. Todo ser humano que de algo se precie me llama en secreto para alguna mordedura. Todos se venden y lo venden todo por el éxtasis que no conocen. ¡No habría de ser feliz yo, si en mi diente está el foco más problemático, la bacteria lúbrica por excelencia! Aún se esconden, vergonzosos, para perder el sentido común. Pero el tiempo llegará en que mi negocio prospere. Ya he logrado entrar en palacio y picar muy alto. Y me callo, que allí viene la gitana perendenga y violinista, una de las más tentadas y tentadoras.

(Con antelación se ha escuchado el sonido del violín desesperado y maullante. Entra Azul, la prostituta bohemia.)

AZUL.—¡La, la, la, laaah! ¿No hay viandante que me siga? ¿Quién toma de lo que ofrezco? Tengo la garganta rota de tanto cantar mis penas.

(Reparando en Nosferatu.)

¡Uy, el hombre sarcófago! No me proponga usted nada, que hoy me ahoga la condenación. Ya vengo suficientemente mordida.

NOSFERATU.—Pero chiquilla, si estás muy derecha y muy roja.

AZUL.—Azul me llaman, y por dentro estoy de un azul que me duele de puro maldito. ¿A usted le parece justo que, con la vida que llevo, no haya encontrado el amor y son las ocho de la mañana?

NOSFERATU.—Eso de buscar el amor al tiempo que tocas el violín y pides limosna, es un sistema nefasto. Eres muy contradictoria en tu forma de buscar un novio.

AZUL.—¿Un novio yo? Ninguno me parece bastante hombre. Todos se sientan en una silla. Fíjese qué cosa tan común. Lo que yo busco es el amor. ¡Ay!, Nosferatu, adelgazo del hambre de amor que tengo y de las ganas que no se me pasan. Y vivo desesperada porque no me quiero desilusionar.

NOSFERATU.—¡Pobre Azulilla! Te ocurre lo que a cualquier ciudadano medio.

(Dentro se escucha un grito desgarrador de la sobrina.)

AZUL.—¿Quién grita de ese modo?

NOSFERATU.—Mi sobrina. Otra pobre palomita que la bañan en alquitrán. No te preocupes. Tú también pasas el tiempo entre cánticos y lloros, esperando encontrar algún pasajero a quien declararle tu amor.

AZUL.—Pero al tenerle delante, nunca dejo de pensar que es mejor el pasajero que aún pudiera aparecer y entonces no me privo de escupirle en la cara, porque de las zorras soy la más decente. Con mi violín me consuelo.

NOSFERATU.—¿Quién dice que te consuelas? Menos cuando yo te he visto seguir a otro entre arrumacos y, si te ha vuelto la cara, te has echado entre sus brazos llorando.

AZUL.—Llorando por si pudiera perder al pasajero siguiente.

NOSFERATU.—Que no se sabe si existe. Tú pides lo que no hay.

AZUL.—¿Y cómo no va a existir? Siempre habrá algún pasajero más.

NOSFERATU.—Que te dará una paliza cuando le rechaces. Y ya bien recalentada, vas en dirección contraria a declararle tu amor al primero que te encuentres.

AZUL.—Con toda la decencia de mi oficio. A declararle mi amor por el otro.

NOSFERATU.—Ya lo sabemos. Así te cunde el negocio. No es cosa muy de extrañar que te ganes la vida con el violín. Al que quiera consolarte le largarás un mordisco.

AZUL.—Porque sé lo que es amor.

NOSFERATU.—Lo que ya sabe todo el mundo, que el amor es muy pasajero. Eres un pendón airado y el sonrojo de los burdeles. Habrás de reconocer que eres muy mala.

AZUL.—Sí señor, lo reconozco. Hasta que todo reviente y se restablezca la justicia para los malos que tenemos tanto corazón. Mártir de la calle soy y tan pura en mi malicia que me dejaría crucificar, aunque vestida de gitana. Y quisiera que me diesen una lanzada en el costado, sólo por recibir esa sorpresa de un centurión que me enamore. Lo que yo quiero es novedad.

NOSFERATU.—Si es así, hasta que el momento llegue de la novedad más completa no tendrás otro remedio que consolarte con el violín.

AZUL.—¿Con este bártulo asqueroso? ¡Si al menos fuera una guitarra!

(Aparece Greta, con su carrito de frutas y legumbres. Rubia querubínica, con boina, mantoncillo y botas claveteadas. Otra víctima de los episodios.)

GRETA.—¡La frutera, la verdulera! ¡Berzas de marzo! ¡Ajos y acelgas!

(Pasando ante la gitana, por lo bajo y con tono de incordio.)

¡La mala hierba!

AZUL.—*(Imitándola.)* ¡El melón lleno de envidia, el nabo de la soberbia!

NOSFERATU.—¡Eh, rivalistas! ¿No pensaréis en enzarzaros de nuevo? Llegó la Greta fatídica, la que vive suicidada. Si quieres apaciguarte te puedo tomar un sorbo, un pequeño gorgorito...

GRETA.—¡Chupador, alcahuete! ¡Antes me doy a picar por una máquina morcillera que permitir que tú me llegues con el colmillo!

NOSFERATU.—Déjate picar un poco y verás cómo descansas. Vives disparada.

AZUL.—Abandónela, maestro, y no le ofrezca más sus servicios. Permita que desaparezca de una vez esta molestia de las calles.

GRETA.—¡Zorra del violín, catahombres! ¡Tú me empujas al vacío, me haces tragar la cicuta y beberme el yodo de tres farmacias...! ¡Tanto es lo que me envenenas!

AZUL.—¿Por qué no pruebas la mierda y mueres de repugnancia? ¡Habrase visto! ¿Qué le pedirá al destino esta Greta sin continencia? Compare usted, señor de la Pompa Fúnebre: cuando yo busco un no sé qué, al menos sé lo que busco.

GRETA.—¡Tomates y pepinos con frescura de mausoleo! ¡Cómprame todo, viandantes! ¡Si no vendo esta mercancía, esta noche me suicido!

NOSFERATU.—¡Je, je! Eres tú muy solapada, muchacha. El caso es llamar la atención agonizando públicamente.

(Grito estridente de Otilia en el interior.)

GRETA.—Pitiflauti agusanado, vete a chupar de tu sobrina, que ya le hierve la sangre.

NOSFERATU.—Por cierto, ¿qué le pasará a esa niña tan de mañana?

GRETA.—Querrá morir. Ella es joven y con ilusiones. ¿Por qué no la mata? Es triste tener una sobrina para no darle un gusto en su vida.

NOSFERATU.—No se lo tiene merecido todavía. El otro mundo no es para todo el mundo. Ya le llegará su hora.

AZUL.—Y tú que no tienes familia, ¿por qué no te ahogas a ti misma, sin hacernos esperar más?

GRETA.—Moriré mejor que tú y nadie estará más muerta. La mala envidia te come. Siéntate a la puerta de tu casa y me verás pasar por allí rodeada de respeto. Todos lloraréis la culpa de haberme matado yo. Seré la tristeza de mi barrio. Me velarán entre cirios y me llevarán en hombros.

AZUL.—¡Vaya un triunfo! Serás reina por una noche.

GRETA.—Pero me daré ese gusto. Ya me miran en el mercado como difunta y hay corazones piadosos que me dan chavos de más para que me vaya ahorrando el precio de la mortaja.

NOSFERATU.—Andan diciendo por ahí que te estas haciendo un traje todo lleno de bombillitas que se encienden y se apagan.

AZUL.—¡La flor de las electrocutadas!

GRETA.—Calla, puta lóbrega. Asco me das de verte tan viva y buscando novio. Te falta denuedo para morir. ¡Tomates y pepinos! ¡Hacedme caso, viandantes: si no saldo mi triste carga, me tiro desde una torre!

NOSFERATU.—Qué mañas tienes. Es un atraco al sentimiento.

AZUL.—Abnegada y empalagosa. Con renunciar a la vida saldás en un periquete cuanto llevas en el carro. Todo para tu mortaja, presumida.

NOSFERATU.—Calmaros. No os dejáis hincar el diente, y así estáis de mal compuestas. Demostrad educación.

AZUL.—Aún la descompondré más a esa suicida del barrio, la que presume de muerta. Voy a arrancarte esos tufos que

tienes de mermelada. Irás a la fosa fría, que dará asco mirarte...

(Se le avanza amenazante. El violincito y su arco le cuelgan de una cinta que le abarca la cintura.)

GRETA.—¡Malaviva, si te acercas un poco más me doy un puñetazo en un ojo que me va a saltar sobre tu conciencia, me destripo, me acogoto...!

(Ella misma se oprime el cuello.)

NOSFERATU.—No avances más, que se mata...

(Llega el Gran Marcial, con aspecto muy prusiano, mandibulado y bigotudo. Luce un sable de mucho arrastre.)

EL GRAN MARCIAL.—¡Alto! ¡Cómo está el ágora! ¡Largo de aquí, basuritas!

AZUL.—A mí con esas órdenes tan sumarias... ¡Aquí me estanco!

(Se sienta en el suelo y hace su protesta con el violín.)

¡Oigan, señores, el lamento artístico de esta infeliz oprimida por las leyes de la circulación!

GRETA.—Ya veis su desobediencia, Gran Marcial. Llevadla a pudrir en la cárcel.

EL GRAN MARCIAL.—En tu compañía, suicida, si no descampas al instante por aquel lado.

GRETA.—¡Justicia, Cielos! De aquí no me han de mover si no es para ir al depósito en una fiambarrera municipal. ¡Vivan las víctimas! ¡Hurra por el sufrimiento!

(A la vez se escucha otro estridente lamento de la sobrina.)

EL GRAN MARCIAL.—Como yo me plante en firme, aquí no se sufre más. Voy a dar una carga graneada sobre este barrio de mal vicio. Nosferatu, entra en tu casa y no ensombrezcas más la calle con ese vuelo madrugero, que es mucho escándalo para el ciudadano. Como exceso de la noche, la autoridad te prohíbe circular a plenas luces.

NOSFERATU.—*(Sonriendo de solapa y mostrando un papel al Gran Marcial.)* Tengo un pase de la Casa Grande y con todas

las de la ley. Ponga el ojo en este festón de sellos y verá que ni uno falta, ni siquiera el que Su Majestad, la Reina Kelly, pone con el esmalte de sus uñas.

GRETA.—¡Habrase visto, el bebesangres, hasta dónde llega con el colmillo! ¡Pitiflauti en la Casa Grande y chupando del Imperio! Nada más me queda ver para que yo me vaya de este mundo. ¡Perversión en las altas esferas!

EL GRAN MARCIAL.—¡Respeto para la Reina Kelly! ¡Firmes! ¡Vuelta de espaldas! ¡Recibimiento de patada!

AZUL.—*(Que se ha levantado insinuante y tocándole el violín.)* Te quiero.

GRETA.—*(Cayendo de rodillas e hincándose las uñas en su propio cuello.)* ¡Me muero!

EL GRAN MARCIAL.—¡Firmes! ¡Respeto! ¡Encogimiento! ¡Repliegue! ¡Disminución! ¡Desaparición!

GRETA.—*(A punto de suicidarse.)* ¡Me destrozo! ¡Me asesino!

AZUL.—*(Tocándole el violín.)* Echa a correr, amor mío, para que te persiga mi recuerdo.

EL GRAN MARCIAL.—*(Fuera de sí.)* ¡Firmes! ¡Resignación! ¡Fe! ¡Esperanza! ¡Caridad!

GRETA.—*(Con los ojos de agonía.)* ¡Defunción! En la cárcel me termino, me entretengo con el arakiri, me revuelvo toda por dentro y hago de tripas corazón.

NOSFERATU.—Gran Marcial, no hay autoridad que valga en el Barrio de la Desesperación. Cada vez está más flaca la humanidad.

EL GRAN MARCIAL.—¡Pues firmes! ¡Qué engorde! ¡Qué disfrute!

(Se abre la ventana de la sobrina y ésta aparece tomando violentamente por el pelo al aprendiz. Le hace inclinarse hacia afuera y, con un vergajo, le sacude mientras canta o recita estas frases con el debido patetismo.)

OTTILIA.—Una triste mujertica llora su amor perdido, se desespera, mide con pasos de angustia los corredores de su

casa... Convertida en joven sibila, los mensajes escucha de una pérfida y ondulante brisa que alojarse quiere en su oído. El horrible soplo dice que no ha de ser sólo su dolor, sus gemidos no han de resonar solos entre el rumor de la villa indiferente.

(El aprendiz se vuelve y abraza en un espasmo a su martirizadora, aplicándole un beso en los labios. La gitana y la verdulera corren a situarse como enmarcando la ventana. Muestran unos dientes de perros atacantes, gritan, se estremecen. Nosferatu, cerca de ellas, revolotea.)

TODOS.—*(Menos el Gran Marcial.)* ¡Auuuh! ¡Auuuh! ¡Fiero es el hombre! ¡Nunca me ha mirado! ¡No le tengo miedo! ¡Que se pase por aquí! ¡A la caída de la tarde! ¡A la caída de la noche...! ¡Auuuh! ¡Auuuh...!

EL GRAN MARCIAL.—¡Insubordinación! ¡A mí, marciales! ¡Vengan a recoger esta morralla!

ELLOS.—*(En concertante.)* Mojada en otoño, la flaca humanidad engorda como un crisantemo y maldice la felicidad del matrimonio, los pequeños placeres de la vida, y no digo nada de los placeres del viaje y del talento personal. ¡Auuuh! ¡Auuuh...!

EL GRAN MARCIAL.—¡Revolucionarios! ¡Anarquistas! ¡Esto es un foco pestífero de costumbres extranjeras!

ELLOS.—*(En concertante. Encogiéndose ahora, como vencidos por su propia rabia.)* Veloz, la caravana de la vida se adelanta nadando en la nada. ¡Que muera el Ministro de la Ciencia Vana! ¡Que muera el Ministro de las Bellas Artes! El crepúsculo de nuestros ojos nos impide leer ninguna noticia luminosa. ¡Abracadabra!

EL GRAN MARCIAL.—¡Perturbadores! ¡Blasfemos! Los rangos y emolumentos del mundo ya no os causan alegría. Estáis malditos. Ya os enseñaremos a practicar la bondad y a beber vasos de agua. ¿Hasta dónde vamos a llegar? ¡Ya no os interesa nada! Ni la cortesía japonesa, ni Holanda, la hermosa nación de los quesos, ni un descarrilamiento en Transilvania...

(Toca un pito de alarma repetidamente.)

ELLOS.—¡Nada, nada, nada, nadaaa...!

(Entran dos marciales con cascos de defensa y metralletas en ristre.)

EL GRAN MARCIAL.—¡Carguen en nombre de las máquinas Singer contra estos corrompidos sin remedio!

GRETA.—¡El aprovechado! ¿Qué te paga la Singer para que le hagas esa propaganda?

EL GRAN MARCIAL.—¡Calumniadores! ¡Iréis derechos al molde! ¡No escaparéis del futuro ni del Socorro Internacional!

(Golpe de gong, instrumento metemiedos, pero siempre distinguido. Todos se quedan suspensos.)

NOSFERATU.—¡Ruede la bola! Su Majestad la Reina Kelly se ha despertado y algo le ha dicho que su pueblo de mal gusto le está pidiendo socorro. ¡Ya es nuestra madre y no nos abandona!

EL GRAN MARCIAL.—¡Mentira podre! ¡Su Majestad pasa para cualquier ceremonia de presidencia! Irá rodeada de sus galgos a poner una corona sobre la chimenea de alguna fábrica de acero refinado. ¡Ah, su noticia en persona! La fotografía que anda. La aparición detenida. Que la historia nos la repita por muchos años. ¡Salve!

EL MADRIGAL.—*(Entrando.)* Despierta Majestad, sal a recibir el halago de este sol radioso...

NOSFERATU.—Bien por el oficial embuste: el cielo está encapotado y la luz no tiene sombra por falta de fuerzas.

EL MADRIGAL.—Sal a escuchar al coro que canta tus alabanzas, las de tus abuelos y bisabuelos, hasta llegar al astuto diplomático con ojos de color de rosa que fundó la rama de tu realeza.

(Otro golpe de gong.)

EL GRAN MARCIAL.—Estos heraldos no mienten. Hacia aquí viene la Reina. ¡Marciales, presenten armas!

EL MADRIGAL.—¡Piiih, tiqui, tiqui, tiqui, piiih...! Los telegrafistas de todo el mundo recogen el acontecimiento bajo la luz verde de sus viseras: la Reina Kelly visita los barrios de

desperdicio en que nada tiene punta y todo está desmochado...

—La Reina Kelly es piadosa y no sólo se preocupa de sus galgos y generales...

—La Reina Kelly hace vendas de sus sábanas de satén cosidas a diente menudo por diligentes máquinas Singer...

—Lleva la cofia bicorne y el blanco zapato bajo de las buenas visitadoras...

—¡Acatémosla, acatémosla!

AZUL, GRETA Y OTTILIA.—¡Aquí otra vez la bicorne! ¡Fulminémosla, fulminémosla!

(Rumor de la muchedumbre, que espera el maná desabrido del acontecimiento. Estallan los «flash» por todas partes. Se desenrolla una alfombra larga y estrecha que llega sola hasta la casa de Nosferatu y su grupo de alimañas. Y viene Kelly, como una estrella de cine, fosca de pelo rubio, que le escapa de la cofia con insignia de la Cruz Roja, labios de piñón, marchosa y altanera como un flamenco rosa. Ya no oculta la divina que ha sido alcanzada por el diente de Nosferatu. Bien mordida y desacreditada por dentro, la pobre Kelly justifica su íntima necesidad de abyección con una visita a los pobres, ricos en desesperación trascendente.)

KELLY.—En esta mañana de primavera...

EL MADRIGAL.—¡La, la, la, laaah...!

KELLY.—De mi país...

EL MADRIGAL.—¡La, la, la, laaah...!

KELLY.—(Al Gran Marcial.) ¡Pronto, que calle ese coro inoportuno! ¡No hay modo de hacer cambiar de melodía a la mala prensa elogiosa? ¡Oh, qué tedio!

EL GRAN MARCIAL.—(Al Madrigal.) ¡Silencio, garrapatas!

KELLY.—... de mi país, quiero en persona venir a otorgar a Nosferatu, humilde pasajero de la noche, el beso sobre mi mano que sus méritos en Pompas Fúnebres le han granjeado. Y quiero advertir a todos que un Ministro de Sepelios quiero nombrar y que este probo individuo es el primer candidato. Y, asimismo, esta representación del barrio que a él le rodea quisiera que a mi servicio ingresara desde ahora.

(Aproximando su mano a los labios de Nosferatu y dicho en voz baja.)

El beso, el beso... ¡Obedece!

(Estallan aplausos desconcertados y equívocos.)

AZUL.—¡La zorra! ¡Bien la han picado!

OTTILIA.—Ya se marchita por dentro esta alma descompasada.

GRETA.—Un mal humano la come. Ya no parará hasta el fondo.

KELLY.—(Con guturalismo concupiscente.) Besa y apuñala bien esa vena o te haré cazar en jauría.

NOSFERATU.—(Por lo bajo, igualmente.) ¡Kelly, Kelly, qué imprudencia! Se verá correr la sangre.

KELLY.—(Con el mismo tono.) ¿Pues no vengo de enfermera? Diré que me he cosido la mano con una de sus malditas máquinas Singer. ¡Sorbe sin ningún recelo!

(Kelly, mientras se deja morder la mano cubierta por un pico del macferlán de Nosferatu, presenta una cara de éxtasis. Alto.)

¡Ay, amigos, qué delicia llegar hasta el bajo fondo... de la cuestión social; humanizarse, apiadarse y caer... deslavazada!

(Levemente se tambalea.)

EL APRENDIZ.—¡La gachí, cómo le gusta!

NOSFERATU.—(Levantando la cabeza y con los colmillos bermejos.) Señora, ¿estáis satisfecha?

KELLY.—Satisfecha, aunque no harta... de hacer feliz a mi pueblo.

EL GRAN MARCIAL.—(Ruborizado por el espectáculo que ha alcanzado a presenciar.) No puedo creer lo que veo. ¡Violento Dios de la sangre! ¡Por San Fermín de Navarra! Si hasta la Reina se deja picar y sorber de vena, no hay potencia que nos salve.

GRETA, OTILIA Y AZUL.—(En bajo murmullo.) Desespérate ya, golosa. Mátalas callando. Rumia la furia escondida, demócrata, mesócrata, hipócrita...

(Un rumor creciente de gritos. Todos vuelven la cabeza hacia un extremo y luego se mueven en remolino, menos Kelly.)

EL GRAN MARCIAL.—¡Majestad! ¡Guardaos! ¡Esto parece una amenaza contra vuestra egregia persona!

(El madrigal puja un «la» que se resuelve en un grito desguazado en gemido de pavor. Entra Fiacro, el bandido, como siempre envuelto por su capa y con una bomba en forma de negra pelota coronada por una mecha chispeante. Imagen muy inteligible. Los marciales no saben qué hacer para guardar a la reina.)

FIACRO.—¡Atentado!

(Se crea un círculo en lenta expansión silenciosa. Kelly permanece en medio.)

Señora, ha llegado la hora siniestra de la destrucción. Que nadie se mueva un tramo y óiganme todos: la muerte se acerca implacable y ha saltado sin permiso las fronteras de la patria sacrosanta. Vengo tocado por ella y por su deshonra amarilla que me inunda todo el cuerpo. Voy a morir, pero por mi propia mano y destruyendo lo que antes que ella llegara debía de ser destruido. Kelly, nos has engañado, nos has traído hasta el borde de la vida impidiendo a tus sujetos destruir lo que nos queríamos y llorar por lo que no teníamos. ¡Confusionista, liosa!

KELLY.—(Tranquila.) ¿Tú, mi profesor de ski, me sales por ese registro?

FIACRO.—¡Simuladora, farsante, confiesa que me has amado o me has dicho que me amabas! Haré pública tu vergüenza.

KELLY.—Es el deber de las reinas amar a su pueblo entero, uno por uno, a ser posible.

OTILIA.—¡El matador de mi amante, esta mañana, en mi puerta! ¡Ya le reconozco! ¡Es él! ¡Patinador, contrabandista! ¿Dónde ocultas su cadáver?

FIACRO.—¡Silencio! Todos somos ya cadáveres.

GRETA.—¡Ay, qué gusto!

FIACRO.—Nunca vivimos hasta ahora, hasta este momento preciso en que todos moriremos. Ya se ha roto el compás engañoso del mundo. Sí, Kelly, moriré yo, morirán ellos y tú morirás también, con tus galgos, tus ministros y con tu máquina Singer, que sólo te sirve para hacerte respetar como mujer de tu casa y alentadora de la industria.

KELLY.—(Flemática y con una risita de vuelta, mientras todos miran con terror la mecha centellera que se consume.) Fiacro, estás delirando. A mí me importan un bledo las máquinas Singer.

(Murmullos de sorpresa, de aprobación o de repulsa.)

¿A qué esperas? Arroja a mis pies esa bomba y no flaquees, que se te doblan las rodillas. Y vosotros, mis marciales ¿no hacéis nada? ¿También queréis perecer? ¡Pues adelante, muramos! No seré yo quien más pierda, pues he conocido el éxtasis de la confusión y estoy harta de botar barcos y estornudar bajo los arcos del triunfo los días de lluvia. ¡Muera yo, que soy mujer hasta más allá de mi sangre!

NOSFERATU.—¡Oh, mi reina abdicadora, qué bien mordida la tengo!

FIACRO.—¿Qué dices, Kelly? ¿Así eras tú? ¿De verdad no me engañaste...? Señora, no avancéis más y escapad, no queráis desafiarme ahora. ¿Qué os proponéis?

KELLY.—Me propongo dar la cara y declararme mi enemiga. ¡Muera yo, muera mil veces y muera el mundo conmigo! Ya no puedo con mi fardo y quiero ser reina del más allá. Fiacro, tú no me conoces.

(Le toma la bomba encendida y la mantiene victoriosamente sobre las cabezas de la muchedumbre, sin apagarla.)

GRETA.—¡Victoria a la Reina Kelly! Ella es de nuestra raza de apestosos, es más suicida que yo, y la fulana de más fuste. ¡Bendita sea su madre, que fue aquella Reina Hortensia que envenenaba tulipanes!

(Fiacro se deja caer al suelo, vencido, como atacado por el mal de muerte.)

KELLY.—(Desafiante.) ¿De qué tenéis miedo, liebres? ¿No habéis oído? Viene para todos la muerte y aún queréis vivir temblando por unos instantes más. Antes o después, ¿qué importa? Escuchadme, desgraciados: con este sinfín en la mano me declaro ante vosotros Reina de la rebeldía enrevesada. Me paso al bando contrario y en nombre de mis sujetos preferidos le saco un palmo de lengua a la Sociedad de Naciones Decentes. Acércate, Gran Marcial, que ahora quiero hacer de ti un héroe sin monumento. Te entrego mi autoridad en esta bomba. ¿No te atreves? Pues, aunque sólo sea por segundos, te nombro Gran Calzonazos si no obedeces.

EL GRAN MARCIAL.—¿Que no me atrevo? Reina, dame ese rayo. Tuyo soy desde que me creció el bigote tan negro y tan poco resignado. También yo sé ir más allá.

(Toma la bola y la sostiene de rodillas ante Kelly, con insensato transporte.)

KELLY.—Tómala y jura conmigo, jurad todos vuestra fe en la propia abominación...

UNA MAYORÍA.—¡Juramos!

KELLY.—(Con una risa que viola la pantalla del cine mudo.) Y si no hubierais jurado, ¿qué importaría?

(Apaga la mecha de un soplo.)

[5] Si la muerte manda ya, sólo nos queda vivir fuera de nosotros y en el orden sin concierto que debiera haber reinado desde el principio del mundo. Se nos acabó el futuro. Gran Marcial, te has ganado mi favor y algunos favores más. Bésame el pie y algo de la pantorrilla, si es tu gusto. ¡Ja, ja, ja, ja!

(El Gran Marcial cumple el mandato muy devotamente.)

AZUL.—¡Ya llegó la Novedad! ¡Ahora sí que encuentro a un hombre, un hombre entre vivo y muerto, que es lo que yo iba buscando!

[6] NOSFERATU.—¡Je, je! ¡Viva el más allá de acá! Sólo los vivos merecen la mejor pompa fúnebre. Ya son todos míos.

GRETA.—Todos tenemos derecho a que nos lloren y nos piropen de muerte.

OTILIA.—Y que nos den la extrema unción todas las mañanas con el desayuno.

GRETA.—Sólo dejando este mundo puede una vivir a sus anchas.

APRENDIZ.—Nadie respeta a la infancia. Si yo fuera niño muerto, todos me comprenderían.

KELLY.—Estamos, súbditos míos, en el filo preciso, en el sinjuicio final en que todo se averigua a punto de reventar. Yo os doy suelta y declaro por legales los vergonzosos misterios de la creación. Vayamos todos al abismo al son de mi marcha real. Es mi primera proclama la insatisfacción más completa, empezando por mi persona.

EL GRAN MARCIAL.—¡Ah, señora, estáis tan bella que parecéis una actriz!

EL MADRIGAL.—¡Piiih, tiqui, tiqui, tiqui, piiih...! Ahora la prensa elogiosa proclama lo pernicioso...

—Escuche la Sociedad de Naciones Decentes: la divina Reina Kelly se ha plantado en sus cuarenta y no piensa cumplir un año más...

—Y su pueblo, que la adora, también se cruza de brazos y se niega a trabajar por conseguir lo que el trabajo le quita el gusto de tenerlo...

—Quieren vivir insatisfechos para llevar siempre razón... ¡Abracadabra!

—¡Aquí es Troya! En el cielo de borrasca ya se enmarañan los hilos del telégrafo sin hilos. Es decir, que estamos absolutamente aislados. Hemos caído en el infierno.

KELLY.—(Socorriendo a Fiacro e inclinándose sobre él como aquellos ángeles patrióticos de la cantimplora en los campos de Verdún.) Pobre Fiacro, que te mueres sin que te hayan legalizado el capricho, sin que sepamos cuál es. Con un beso te despido y levanto para todos las esclusas de su pasión.

FIACRO.—(Con un filito de voz.) ¡Viva la Reina, aunque poco! ¡Viva por unos segundos en mi corazón sin amarras!

(Muere. Entre vientos silbantes y en un desgarró de celajes llega el carro de la Aurora y su periodista, que, con una máquina de cajón, tira placas y más placas del acrástico suceso.)

LA AURORA.—Ya no existe ni existirá nunca más el pueblo tradicional y bullanguero. Ésta es fiesta diferente, la fiesta

del negro antojo y la destrucción más completa. Sácales bien parecidos, porque todos se lo merecen. Sois finos los de tu calle sin alegría. Al fin os habéis lanzado a reclamar lo imposible, que eso sí que es un artículo de primera necesidad. ¡La pera del olmo!

NOSFERATU.—(Alzando a Kelly, abrigándola con los vuelos de su macferlán.) Kelly, vamos a palacio, el que ya es nuestro refugio, antes de que suba la marea de la muerte. Somos tuyos, tú eres nuestra. Tu pueblo de condenados ya no te pide justicia, sino la juerga social. Amaremos y odiamos como dioses encantados de vivir entre volcanes y columpios.

(Rastreantes nieblas inundan la escena. Las imágenes se conmueven y ondulan llameantes.)

KELLY.—(Casi desvanecida.) ¿Oh, qué ocurre, Nosferatu, que me mareo?

NOSFERATU.—Vuelas. El puro mal te levanta como nos levanta a todos por encima de la miseria.

(Cabalgando en el éxtasis maligno, todos levitan, menos el Madrigal, que se abate aterrorizado, cubriéndose la cara con las manos.)

EL AGONIZANTE.—¿Qué sucede? ¿Todos vuelan? ¡Por allí veo aletear a mi novia!

LA AURORA.—Por un momento, no más. Luego les verás caer. Pero no hay luego, no hay luego... Todo es ahora. Mira qué hermoso es el mundo en su confusión primaria. Bésame ya, mameluco, y deja que lluevan juntos el mayor asco y el placer lejos de toda ley. No verán amanecer, no me verán más a mí, que soy la Aurora. Tú y yo nos vamos a amar en el íntimo cañón de una chimenea llena de sebo hasta que pase la tormenta. Hagámonos un camino por estas nieblas de estuco. ¡Pabuuuh! ¡Pabuuuh!

(El vehículo se enfosca en la fluida escoria del espacio y sus bocinazos se pierden pronto, sofocados. Ya nada queda que ver, y acaso fuera oportuno que se produjera una pausa.)

* * *

(Muertas algunas virtudes inútiles y a punto de perecer todo lo demás, el mundo es sinceramente malvado. Muy interesante y cinematográfico. Triunfa el tango argentino y el cubismo surmerio. Proliferan los cabarets muy caros y las pensiones muy baratas. Se muere deprisa en una ciudad hecha para adolescentes apicarados. Es temprano en el infierno. Es decir, un atardecer muy largo. Faroles de elegancia vienesa se reflejan en unas aguas muy negras. Puentes y torres en mustio contorno. Todo el resto es incertidumbre. Las niñas del Madrigal se arrastran aburridas por el adoquinado y evocan mejores tiempos.)

EL MADRIGAL.—El sol se dejó caer tras las torres. Aún me acuerdo, y hace tiempo. Los malos presagios parecían entibiarse a su luz gloriosa...

—Y era como si hubiese vuelto una tarde de nuestros abuelos, aquéllos que viajaban en cestos de mimbre como gatos con lazo...

—Aquéllos que se ponían zapatillas bordadas en las orejas para oír el silencio...

—Tan educados, que se iban a estornudar a Chamounix y a sudar con salakof a la India o a Marruecos..

—Gentes que sólo soñaron las guerras europeas en álbumes de fotos con colores a mano...

—Y esa torre que allí veis es la más alta. Y la que más presume de carillón fileno y cristalino.

—El candelabro más repimpante en la mesa central de Europa.

—Un Rey Carlos la hizo. Un Rey Carlos mezclado de Luis, mezclado de Francisco José...

—Un Rey Mezcla que escuchaba las horas en puntas de los pies y las brisas de Wagner sobre un cojín de onix con finos dibujos de Kartum...

—Tenía la boca podrida como un hueco de nuez, tres sortijas de viudo en el mango de su virilidad y una Lola con moño en su cama demasiado estrecha para dos...

—¿Y qué tal? ¿No era aquélla una vida demasiado letal?

—¡Pst! ¡Qué va...! La gente moría igual. Pero hasta los pajaritos cagaban de merengue en Europa Central.

(Acorde de ruptura. En tono prosaico.)

—¡Evaporación de la evocación! Ahí llega el Pitiflauti, el vampiro moderno y esquinado. Más delgado cuanto más chu-

pa. Dueño de la ciudad. Suelto pecado progresista, siempre dispuesto a desacreditar el pasado...

—Es un enturbiador, unas veces marxista, otras cubista... Un snob visceral.

—¡Oh, qué asco! Un viejo centeno que se empitorra de placer cuando le cosquillean en la novedad.

(Llega Nosferatu Pitiflauti, muy seguro de sí y condecorado por la feliz malvada Kelly. Nueva indumentaria. Lleva bastón, la cara empolvada y los labios pintados. Donde más le luce la culpa es en los colmillos con aguzado capuchón de oro.)

NOSFERATU.—Pobrecitas reminiscentes. Aún parece inconcebible que, sin sueldo, todavía andéis por ahí queriendo alquilar vuestros ditirambos. Ahora funcionáis por cuenta propia y por mecánica lagotera. Por más que gritéis, nadie os va a creer. El mundo es malo y lo sabe. ¡Menos mal que el mal es mucho! Se acabó la gran merengada.

EL MADRIGAL.—Sometidas vivimos por el mal, atropelladas, violadas y vapuleadas...

—Aún recordamos cuando había verdaderas primaveras de percal, con cielos de añil y lagos de satén...

—Horroriza ver a la ciudad partida en dos, una parte para hospital y otra parte para burdel.

NOSFERATU.—Ya llegó el triunfo de la subversión. ¿No da gusto andar por ahí practicando la tentación y el saltabarreras a mansalva? Oh, suntuario deporte y lujo que nunca pudo ser popular. Si ahora me toca pagar un café, sólo me basta con entreabrirme el macferlán y enseñar mi lobo rampante a la camarera, que, además, por agradecida, me da la vuelta.

EL MADRIGAL.—¡Ah, qué horror, qué horror! ¡Virtud, virtud...!

—Al abrir el grifo del agua el otro día, me salió un niño abortado y en forma de anguila sinuosa...

—Todavía estaba vivo y se fue gagueando por el desagüero. ¡Virtud, virtud...!

NOSFERATU.—Pedís virtud como el que pide que llueva. ¡Je, je! Venid aquí, muñeconas, haced un rolde sobre mí, que os voy a sorber un poco de virtud.

EL MADRIGAL.—¡Vaya pues por el escándalo habitual! Demos al tiempo lo que es del tiempo y practiquemos la resignación. Chupe, mal hombre, y hágalo deprisa, que viene la guardia pisando fuerte.

(Las señoritas del coro hacen, en efecto, un rolde sobre Nosferatu, que las pica en lo vivo, y se retortijan de placer, aunque protesten.)

EL MADRIGAL.—*(Recomponiéndose un poco, después del tremendo solaz.)* Y si el Gran Marcial es tan corrupto como usted, ¿por qué le persigue y le sobrecaza? ¿No son todos de la misma camarilla profanal? Entonces, si las cosas para la vida bribona han de ser así, todo quiere decir que sigue igual. ¡Ah, qué desesperación!

NOSFERATU.—*(Relamiéndose todavía.)* Él atiende a su placer, que es la sola justicia del Mal. En el régimen finalista que la muerte domina, nada será mejor que antes, pero todo será verdad probada y sin revés. Hay que ver qué niñas éstas, las de la tembladera virginal. Si ya sois de la cruda gentuza sin ningún porvenir, ¿qué os impide reconfortaros con la primer atrocidad? Este mundo no tiene explicación. ¿Queréis verlo? Pues mirad hacia allí. Ya tenemos encima al Gran Marcial. Él, sigue siendo mi compadre enemigo sin cuartel.

(Entra el Gran Marcial, seguido de dos marciales más.)

EL GRAN MARCIAL.—*(Señalando al Pitiflauti.)* ¡Detenedlo!

(Nosferatu se deja prender sin oponer la menor resistencia, altanero en su provocación.)

Señoritas, aprovechando estas sombras tan mal cerradas, este hombre de dorados colmillos ha violado esas gargantas cuya sangre gorgoritera es preciosa para la ciudad que muere hospitalizada en la parte oeste. Quiere decir que todos los enfermos son de izquierdas y los muertos probados bolcheviques. Se les debe salvar, si es que se puede. Este vampiro es un conspirador, un gran canalla epigonal, lo que se dice un decadente a la francesa. En nombre de Su Majestad la Reina Kelly les pedimos disculpas y les aconsejamos que no salgan más de casa a las horas en que llueven multas si no van acompañadas de su mamá.

EL MADRIGAL.—Y sumando esa cuenta tan variada, ¿qué nos quiere decir?

EL GRAN MARCIAL.—Pues que es de ley una modesta multa por cabeza.

NOSFERATU.—(Con su más fúnebre sorna.) ¿Lo veis?

EL MADRIGAL.—¿Nosotras una multa?

EL GRAN MARCIAL.—En beneficio del Sanatorio Nacional de Atropelladas Voluntarias.

EL MADRIGAL.—¿Se ha visto un escándalo mayor? ¿Y no detienen a este criminal nocharniago?

EL GRAN MARCIAL.—Sí, señoritas. Por los santos patronos de la policía, que son el Ratón y el Gato, queda detenidísimo y a punto de pararse para siempre.

EL MADRIGAL.—¡Pues muera esa justicia tan sutil! Que nos quiten la multa y lo encierren a él.

EL GRAN MARCIAL.—¡Silencio, puriteras! El código civilizado de la Reina Kelly bien claro lo estipula: el virtuoso putañeo paga una tasa vergonzante. ¿Qué os habéis creído? Los grandes apestosos somos tan justos como legales diablos. La que no pague en el plazo de seis días irá a parar a las Atropelladas. Mis marciales, vestidos de monjas sibaritas, las pondrán como nuevas.

EL MADRIGAL.—¡Oh, no, qué horror!

EL GRAN MARCIAL.—¡Fuera de aquí! Las que se quieran castas pagarán esa multa, y las que no, irán por su propio pie al Atropello o habrán de vérselas conmigo.

EL MADRIGAL.—(Saliendo, mientras los jóvenes marciales intentan ponerles alguna zancadilla.) ¡Virtud, virtud! ¡Vaya unos modos de acorralar al Bien!

—¡Oh, tiempo en que las damas cosían gatos vivos sobre los cojines de raso y no eran perseguidas por esos canallas como el doctor Freud...!

—¡Preferible es morir golletadas, a vivir en este tracamundos! ¡Virtud, virtud!

(Se van del todo.)

EL GRAN MARCIAL.—Ahora nos toca ajustar cierto negocio entre los dos, caballero del colmillo enfundado.

NOSFERATU.—(Saca un puro con ostentación y lo enciende, envolviéndose en una humarada.) Ahora en cada uña llevo un sello real.

EL GRAN MARCIAL.—Tanta privanza no sirve ya. Una celda te espera en la Cárcel de Notables.

NOSFERATU.—No merece ni oponer resistencia. ¡Ah, qué aburrimiento tan liso! La Cárcel de Notables sólo es un casino de postín. No vas por buen camino, Gran Marcial. Más nos valiera separarnos como buenos hermanos repulsivos. Lo tengo detallado muchas veces y publicado con estampilla en todos los urinarios y peluquerías de la ciudad. La práctica del Mal contra el malvado no procura ningún placer, un cincuenta por ciento de inocentes necesita el infierno de verdad.

(Atrayéndole con una seña y barboteándole al oído.)

Esos dos marcialitos con aire de bisoños, ¿de dónde son? ¿Vienen de algún país sin penas, de alguna ingenua pampa?

EL GRAN MARCIAL.—(Contrariado.) ¡Alto allá! Son la reserva espiritual del cuartel: Uno es hijo de viuda y ha sido arrancado al paisaje familiar de trébol con nata que era su patria provinciana. El otro, casi un niño, era tendero de lentejas en una aldea de otoño.

(Poco a poco se anima y le guiña un ojo.)

NOSFERATU.—Pues si en lugar de hacerles cumplir con su deber, se les manda sencillamente emborrachar, habrás hecho una buena labor de transgresión en beneficio de la humanidad sincerista. Mientras tanto tú me harás la gracia de venir hasta la Casa Grande y la Comuna Real donde Kelly te espera.

EL GRAN MARCIAL.—¡La gran zorra! ¿Y para qué? Tú no sabes lo que me hace sufrir. Fui tan malo para ella que me descubrí inocente. Y ahora la aburro.

NOSFERATU.—Y claro, temes que no te dé lo que nunca te prometió.

(Envolviéndose en su capa con vuelo de corola e iniciando una salida disparada.)

Vamos y no flaquees. Abandónate a la tentación de gozarte unos instantes más en los placeres de la humillación. Sígueme y que sólo el Mal negro sea tu luz. Ordena a los bisoñitos con tono severo y de bigote que rompan a fusilazos esos faroles tan educados que se reflejan en el río. ¡Ay, quién tuviera ocho añitos tiernos para ser un buen militar!

EL GRAN MARCIAL.—Ya me has ganado, fantasmón. Está escrito y se tiene que cumplir que la justicia se derrita en el placer.

NOSFERATU.—Ya te he bajado otra vez del pedestal. Es muy cansado para mí esta fatal misionería al revés, pero siempre lo he dicho desde el púlpito de la catedral: haced por evitar el Paraíso, hermanos locos, hay que ganar el Limbo amable de la destrucción.

EL GRAN MARCIAL.—¿Sí? Pues ahora vas a ver.

(A los bisoñitos.)

¡Aaatención! ¡Rompan filas y faroles! ¡Misión de jollín sin tasa hasta llegar al extremo de esta calle y emborracharse por la patria disuelta en la última esquina! ¡Orden sumaria de no volver más por el cuartel! ¡Arrr...! ¡Deserten!

LOS DOS BISOÑITOS MARCIALES.—¡Dios te bendiga, padrecito!

NOSFERATU Y EL GRAN MARCIAL.—¡Vamos allá!

(Se van ellos dos. Los bisoñitos se abrazan, bailan y rompen faroles a tiro limpio. Pasa un entierro con cuatro enlutadas que casi se arrastran, sollozantes.)

UN BISOÑITO MARCIAL.—¡Muera el muerto!

LAS CUATRO ENLUTADAS.—*(Que no son otras que las solitas señoritas del Madrigal.)* ¡A dónde vamos a parar! ¡Virtud, virtud...!

(Se descubre un salón palaciego ofendido por la intromisión de muebles modernos, perversos almohadones de fumadero y un aparato de radio en forma de templo gótico para recibir aquellas malas nuevas antiguas. Kelly, en deshabillé, mira a través de los nocturnos ventanales el incendio romano de la fábrica de máquinas de coser Singer. El aprendiz, con un traje lleno de botones dorados y trabillas muy retrecherás, se mete un dedo en la nariz.)

KELLY.—*(Que fuma en boquilla.)* Cuarenta y ocho horas de noche larga lleva ardiendo ese brasero. Enciende la radio, Celestino, que quiero escuchar las noticias de lo visto y saber si hay gracia en las ondas para engordar la tragedia. Deja por un momento de registrarte en la nariz y piensa que siempre será tuya.

(Bosteza.)

EL APRENDIZ.—Te estás aburriendo, Kelly.

KELLY.—Calla y haz marchar ese receptor de calamidades finales.

(El aprendiz manipula en la radio y se va desplegando un abanico de chufas electrónicas.)

EL APRENDIZ.—*(Absorbido por la indescifrable trapisonda.)* Se oye la lejanía, se oye el volar por los aires y el cambio de países.

KELLY.—Se oye la nada que suena. No hay noticias sobre el voluntario incendio de la fábrica Singer ni sobre la Reina Kelly, que es tan mala. Déjalo así. Me reconozco en esas Babilonias de viento.

EL APRENDIZ.—Hay voces muy pequeñas que se van.

KELLY.—Sí. Y ahora, uno de esos acordeones que parecen tan tristes por todo, pero que no les importa nada. ¡Ay, qué angustia! Ven aquí, Celestino, y abrázame. ¿Te gusta el incendio? ¿Te gusta ver a los bomberos de adorno dando vueltas en su torno y agitando la campanilla? Así, seguido, durante cuarenta y ocho horas de noche cerrada. ¿Qué más quieres?

EL APRENDIZ.—Meter la mano en tu descote.

KELLY.—*(Tomando su manita bien sucia y echándosela al descote como una carta en el buzón.)* ¡Pues hecho! Ya lo estás viendo, qué sencillo.

EL APRENDIZ.—*(Inclinando su cabeza sobre el hombro de Kelly, que se encuentra como nunca melancólica.)* Nunca creí que, en mi modestia, pudiera meter mano a la Reina. En el mercado, ni con tanto barullo de descuidos, dejaron de ponerme, cuando me propasaba, una bufanda de bofetadas.

KELLY.—¡Una tierna mano sucia en el descote de una reina! Emoción de más latido que una noche en la ópera. Y tú, ¿qué sientes? ¿Te hace feliz este abuso de fantasía?

EL APRENDIZ.—Que me vuelvo de seda por dentro. Somos malos. ¿Verdad, Kelly, que somos malos? Y ser malo es elegante. Al tocarte en el descote también por dentro me corre la elegancia. Y después de estar contigo y de hacer todo lo que se quiere, también es elegante morir. No quiero aburrirme nunca siendo bueno alguna vez. Me gustaría más el castigo.

KELLY.—Desde luego, Celestino. No hay mayor hechicería que ser un monstruo desobediente y sentir que tienes la culpa de todo.

(Tomando un espejito de mano y mirándose.)

A tu edad siempre me veía más guapa cuando desobedecía y cada vez más elegante cuanto más me acertaba la falda. La Reina Hortensia me lo reprimía. Pero para mí pensaba que algún día sería reina yo también y entonces obligaría a desobedecer a los mismos espejos, mandarían que no reflejasen lo mismo.

EL APRENDIZ.—Y te han desobedecido. ¿No es eso? Se han seguido declarando independientes.

KELLY.—No lo sé. Las reinas pueden, si quieren, sobre todo si están malditas.

LA RADIO.—Gentes desamparadas, que sólo podéis escuchar la radio, oíd: La Sociedad de Naciones Decentes anuncia en su parte meteorológico que mala noche cubre al mundo. Nos estamos quedando sin cortesía, ciencia laberíntica y maravillosa. Algunas estrellas se han precipitado y el Mar Caspio se ha llenado de tiña. Grandes caravanas atacadas de psicoanálisis van saltando meridianos en busca de regiones de salud. Stop. Y ahora escuchen con atención este tango por si es el último.

(Se escucha el tango que, poco a poco, se larga en su tren interferente.)

EL APRENDIZ.—Kelly, esto es como un sueño. Es muy bueno ser tan malos, acariciarse y oír pasar a los bomberos. Y mis padres se habrán muerto los dos sin saber que yo llega-

ría a ser tan elegante. Poco a poco, aunque no me lave, será cada vez más limpio. Kelly, Kelly, ¿cómo se llaman los perfumes más caros que existen?

KELLY.—¿Los más caros?

(Meciéndole.)

«Sahumerio de Gomorra», «Olfato de moras», «Bálsamo de alhucemas», «Algalía de la Esfinge», «Flato de rosas»... Estos son los más antiguos.

EL APRENDIZ.—¡Uff! Lo que no sepa una reina...

(Se queda dormido.)

KELLY.—«Prímula del horto», «Sorbo de canario», «Viene y pasa», «Médula de mareo»... Ninguno me gusta.

AZUL.—*(Entra de costadillo furtivo, muy deshecha en su traje elegantísimo entre cingaro y Van Dongen. Lleva, como siempre, el violinito colgando de la cintura.)* «Mal de muchos», «Silbo de arresto», «Maldita sea mi suerte»...

(Se deja caer sobre unos cojines, muy vencida.)

¿Aún no se ha servido la cena? Kelly, ese incendio me da calor. ¿Por qué no lo apagas? Debiera de ir a vivir a la fonda de la estación, porque en el Palacio Real no hay bidés. ¿Sabes, Kelly, que de cerca eres cada vez menos rubia?

KELLY.—*(Con un dedo en los labios, tras señalar al aprendiz.)* ¡Schsst!

AZUL.—*(Se echa de pronto a llorar.)* Pedía lo que ya tenía. Ahora quisiera un poco más pero tengo mucho miedo de no saber qué pedir.

KELLY.—Pudieras volverte decente y escandalizarnos a todos. ¿A cuántos has engañado esta noche engañándote tú con ellos?

AZUL.—*(Con actitud y ojos de desvarío.)* He sido gitana y loba. He cazado y me han cazado. He bebido las estrellas como si fuera una santa y, a poco, las he escupido. Todo lo quiero y todo se me escapa. Yo soy una gran buscona chasqueada. Haz que me levanten una estatua o una lápida muy grande. Quisiera ser lapidada. ¿Quién soy yo? ¡Quiero saber-

lo! No puedo dar un paso más. Se me va apagando el valor de ver que no tengo castigo. Me muero, Kelly, me muero... ¡Nada es bastante y tú eres reina!

EL APRENDIZ.—(*Debatiéndose en su sueño.*) ¡Quiero ser más elegante! ¡Quiero ser muy poco yo! ¡Sólo quiero ser estampa! ¡Estar lejos, lejos, lejos...! ¡Estar siempre de enhorabuena!

KELLY.—No sabía que los pobres pidiereis tanto.

AZUL.—¿A ti no te gusta pedir? Si no aprendes a pedir más, nunca serás Reina de los Pobres. Debes pedir por nosotros. Pide ayuda al extranjero.

(*Como loca y casi agrediendo a Kelly.*)

[9] ¡El extranjero es guapísimo, es el que nunca ha venido, el que falta a todas las citas, es tan rubio que desaparece y tan moreno que te aplasta!

EL APRENDIZ.—(*Despertándose y saltando al cuello de Kelly como una innominable alimaña.*) ¡Kelly, Kelly! ¿Por qué no haces que yo sea un niño simbólico?

AZUL.—(*Con muy contradictorias caricias de uñas largas, agobiando a Kelly.*) Nada es bastante y tú eres reina. Escribe una carta de petición, un gran pedido, que nos lleguen muchos paquetes, un paquete cada hora, un paquete con un cartero detro, con un cartero hermosísimo, el cartero de mi vida... ¡Me muero sin mi cartero!

EL APRENDIZ.—Yo quisiera tantas gorras como pelos tengo en la cabeza. Nada es bastante y tú eres Reina. Un guante para cada dedo y más trabillas en este traje. ¡Me muero, Kelly, me muero si me falta la trabilla! Nada es bastante, Kelly, y tú eres Reina.

KELLY.—¡Socorrooo...! ¡Venga la guardia! ¿Es que os habéis vuelto locos? ¿Y hacia quién me vuelvo ahora yo, que soy insaciable?

(*Con su elegante agobio de cola, la perversa huye y va a caer en los brazos del Gran Marcial, que entra seguido por el mal pájaro de Nosferatu.*)

KELLY.—¡Ah, se les ha desatado el antojo, Gran Marcial! Dicen que lo quieren todo.

EL GRAN MARCIAL.—(*Besando a Kelly y sobando satenes rellenos.*) Contra la virtud de pedir está el pecado de no dar. Yo también lo quiero, Kelly. Dame lo que no me das para que nunca se acabe. No escapes ni me dejes escapar. Dame todo y dame nada con severidad de Reina y flaqueza de mujer bajera.

NOSFERATU.—(*Muy sardesco.*) ¡Así rebulle el infierno en el sinfín del deseo! ¡Viva el Mal y su hijo preferido que es el Bien!

(*Arrebatándosela al Gran Marcial y estrechándola en sus brazos.*)

Yo también quiero picar en lo imposible. ¡Sangre, sangre...! ¡Un poco de sangre real, que me democratizo a ojos vistas!

(*Intenta prender el colmillo en alguna buena turgencia.*)

KELLY.—¡Nooo! ¡Ahora no! ¡Socorroooo!

(*Quiere huir y de nuevo es atrapada por el cúmulo de siluetas triunfantes y malignas que ríen y se quejan en combinación paradójica.*)

NOSFERATU.—¡Hemos ganado la partida! Llegó el capricho sin escape y la hora de todos. ¿Quién tiene la culpa de que no seamos sueños de placer?

AZUL.—(*Cambiando a una actitud de penitente.*) Si no hay hombres para mí, que todo se lo lleve el desprecio. ¡Seré monja y virtuosa, malaya la hora en que nací!

EL GRAN MARCIAL.—(*De nuevo tomándola por suya.*) Kelly, échalos a todos, quédate sola conmigo para abandonarme mejor. Hagamos el amor y el odio en el viceversa.

KELLY.—(*Enloquecida y trágica, en su ademán de agarrarse a los brocados del aire.*) ¿Estoy malsoñando? Ya no es posible dar más ni que me den más a mí.

(*Lamentosa.*)

Ya no me queréis, queridos, ya no soy Reina de los Pedigüenos.

NOSFERATU.—(*Pasando por el cuerpo de Kelly unos dedos de afinador y buscándole las arterias.*) Te queremos. Aún tienes sangre.

AZUL.—Te queremos, te queremos, porque aún puedes y eres Reina. Tú nos has dado el derecho de pedir lo que no se tuvo nunca. Y si no puedes dar más, haz que me muera de gusto.

EL APRENDIZ.—Si no es posible otra cosa, haz que todo el mundo sea retrete en el que fumar a escondidas. Nunca hiciste ese pecado, Kelly, por ser Reina, pero es un pecado bueno y que consuela.

(Llorando de insatisfacción.)

Quiero casarme contigo. Eso puede ser más fácil. Quiero que me nombren Rey sin pantalones y que levanten una estatua al Huérfano Malo en la Plaza del Mercado.

AZUL.—Yo quisiera un alto altar con falda de encaje para la gitana loba.

EL APRENDIZ.—Yo quisiera ser vaquita y mamar mientras me ordeñan.

EL GRAN MARCIAL.—Se acabó el hacer proyectos. Hay que vivir todas las ilusiones. Haciendo el amor contigo yo ganaría cien batallas descansando, como un hombre que se fuma su bigote.

(El angustiado y desenfrenado grupo se embarulla aún más y Nosferatu cobija a todos en el abrazo de sus alas de estofa brillante. En algo debe recordar al ilusionista de los circos.)

NOSFERATU.—Yo quiero una vida muerta que me sepa a Camembert, a Champán, a caca de oca, o nalga de ninfa herida.

(Ríe que da espanto. Con la punta del bastón veja y atosiga a Kelly. Ésta emerge del grupo como de un craso pantano que se la quisiera englutir.)

KELLY.—¡Ya me coméis, pedigüenos, me debilitáis, me odiáis...!

(Y parece que ya va a sucumbir en aquel delirio sin límites de sarcasmo y ansiedad. Risas y lamentos en arpegio.)

TODOS.—¿Dónde está el poder?

—¡Alguien debe de poder y debes de poder tú!

—¡Kelly, Kelly, puede, puede...!

KELLY.—*(Ahogándose ya en el vaivén sensual del ansia.)* ¡Ya no puedo más! ¡Socorrooo! ¡Socorroooo!

(La escena se oscurece y todo lo escamotea la sombra.)

LA RADIO.—*(En la oscuridad.)* Gentes ciegas y desamparadas que sólo podéis escuchar la radio y no lográis orientaros hacia el botón de contacto para dejar de escucharla, oíd ahora a pesar vuestro: En nombre de la Sociedad de Naciones Decentes, os maldecimos hasta la tercera generación y a todos llamamos «raca», una palabra tremenda sacada con alicates de fuego del tomo bíblico. Palabra de tomo y lomo para que os vayáis acostumbrando a los mayores insultos. Stop. Gracias por vuestra atención y hasta la próxima andanada. Y atended seguidamente a la gris canción de Lili Marlén, la que siempre perdía el tren por la dulce costumbre del fracaso.

(Nace y muere la canción en su primer brote para que todo sea más insatisfactorio.)

(Estación de ferrocarril de lo más hosca y polvorienta. Fardos que se pudren a pie firme y sólo chinchán con su presencia. El «Oriente Express» —que ya no es ni sombra de lo que fue—, embarrancado en un extremo. Hace un frío en que trinan las estrellas. Las chicas del «Madrigal», muy larvarias, entran formando un bajorrelieve sepulcral.)

EL MADRIGAL.—Yo era una muchacha soñadora, aunque humilde y sin alzaprimador...

—Todas las noches perdía el Oriente Express...

—Pero ha llegado el fin del mundo y el Oriente Express ya no puede tomarse ni para ir a visitar las secas fuentes de la opereta...

—Ya no corre por ningún río al atardecer un poco de las noches moscovitas...

—Se acabó lo que se daba, cruz y raya, punto y seguido, tabla rasa y a otra cosa...

—Ha llegado la hora de morirse, cuando ya se ablandaba el futuro, el mago de los pedigüenos...

—Ya llegó la penitencia y la gripe española castañeteando los dientes...

—Todas las mortajas se cosen a mano por lo mucho que escasean las máquinas Singer. ¡Ay, qué pena tan grande!

—Y, a pesar de eso, yo vengo a ver si, por milagro en retraso, saliera el Oriente Express. No perdamos la esperanza,

reprimenda
busca

como
jermano

pasado
auténtico

compañeras, arrimémonos a cualquier fardo y aguardemos como gallinas de piedra en esta noche tremenda de la estación, con el taquillero moribundo y su mujer que le regaña.

—Y tú, que te llamas Aglavina Candy, ¿por qué no cantas una balada?

—Que la cante, que la cante con su voz de berlinesa.

(Aparece cojeando por uno de los andenes escurridizos de sombra Otilia, la sobrina de Nosferatu Pitiflauti.)

OTILIA.—La cantaré yo, que por ser judía en remojo, tengo derecho al lamento y al desentono. Escuchad esta canción sobre las chicas modernas que les atacó la gripe y se volvieron antiguas de repente...

(Semicante en recitativo, o quizá sólo declama con algo de acompañamiento.)

El anochecer del mundo me sorprendió en plena gloria de señorita dolorosa. Oh, flor del arroyo, pisada alguna vez por Bertold Brecht. Tenía ojeras de violeta y boca de rosa marchita, un abrigo de terciopelo turbio en sorda queja y una gran boa de minino lóbrego en torno a mi cuello de cisne macerado.

(Interrumpiéndose, al «Madrigal».)

¿Voy bien?

EL MADRIGAL.—Al pelo. Qué pormenores tan refinados. No te falta ningún detalle. Sigue, que te vas luciendo.

OTILIA.—*(Evoluciona como la cancionista del viejo cabaret.)* Tenía movimientos transidos para tiritar en la madrugada y un sombrero de novedad para viajar en el tranvía. Mi abuelita, con las manos tronchadas en el regazo, me llamaba «la pobre nena». ¡La pobre nena! ¡Ay de mí!, virgen recién descorchada por Salomón Barcelona, mi amante persecutor de corazón pestilente, que siempre me convidaba a comer de chanchullo en una mesita de penumbra y en aventuras vergonzosas, aunque cosmopolitas. De este modo fui tomándole afición a los cenáculos y a los resplandores del Vesubio. Le tomé gusto a la ciudad y la ciudad fue el colmo para mí. Fui feliz en mi gabardina. Pero aquello se acabó. Ha llegado la revolución y la muerte para que todo sea mejor. Pero yo no quiero que mejore el mundo ni la redención de los malvados;

no quiero que las cosas mejoren, sino que lo malo siga dando gusto. La verdadera justicia social es ser joven y pobre toda la vida...

(Se sienta en un fardo y solloza.)

Oh, no puedo seguir. Mi corazón se despedaza.

EL MADRIGAL.—¿Lo estás viendo, descarriada? Nada mejor lo demuestra que hay que seguir lamentando aquel tiempo venturoso en que cada noche todas perdíamos el Oriente Express...

—Llora, llora, porque eres mala y te come el ansia sin remedio...

—Ahora que vives en Palacio, huésped de tu propia Reina, te vas a los arrabales a mirar por encima de cada tapia, a ver cómo las ratas se confabulan riendo para asustar al vecindario...

—Naciste con malos instintos y no te gustan los valeses que se meten por los oídos y te dan vueltas en la cabeza...

—¡El Oriente Express queremos! ¡Que salga por última vez, aunque se hunda en el averno!

(Entra Greta muy decidida, con un bidón de petróleo y un gran farol de estación. Se para en medio de la escena y dice:)

GRETA.—Dan las once de la noche en ese reloj de atrasos en la estación. Si a las once y cinco minutos no soy feliz hasta el punto en que mi sexo se convierta en trompo de música, me rocío de petróleo y me hago arder como Troya.

EL MADRIGAL.—Aquí llega la otra ansiosa, la miserable profetisa...

—Ya se nos anima la noche.

—Eso, eso, que se mate la suicida y nos convide a remordimiento.

GRETA.—*(Recelosa y frustrada.)* ¿No os da pena, lagartonas, que yo me mate?

EL MADRIGAL.—¡Adiós, víctima social! Vaya un empeño el que tienes de ser mujer luctuosa...

—No hay castigo que le cuadre a un fornicio tan indecente... ¡Con la muerte lironda!

—Mátate y verás qué gusto, zurrón de la ultratumba. Si

no has encontrado alivio en el mundo del desorden, menos lo vas a encontrar si todo se restablece.

GRETA.—Os fastidiaréis vosotras. Todo es fracaso y desespero y no llegará el paraíso. Con qué poco os conformáis, vassallas. Si una mujer enamorada no puede orinar música, ya queda bien demostrado el gran chasco que es esta vida.

UNA VOZ DE MICRÓFONO MUY RESONANTE Y TRUCULENTA.—Señores viajeros de lejanías, se anuncia con mucha indiferencia que ya no saldrá nunca más hacia adelante el Oriente Express. Los que vayan a Occidente que se resignen a partir para el desengaño en otro tren improvisado.

EL MADRIGAL.—¡Chingadas estamos! No hay evasión. Y no hay vuelta a la virtud...

—Vosotras tenéis la culpa por pedir más de la cuenta, por no ser buenas y modestas...

—Y por no sacrificaros siquiera fuera un poquito en aras del porvenir, que tanto porvenir tenía.

(Aparece Kelly, vencida y naufragada, con maletín, guardapolvo y «chapeau cloche». Se queda sorprendida ante la acusación del «Madrigal».)

EL MADRIGAL.—Ahí tenéis a vuestra Reina. Esa fulana de incógnito es la Kelly, que deserta. ¿Pensabais que no llegaría este momento...?

—Mirad a la profugista, con maletín y sombrero de meter la cabeza bajo el ala. Os abandona, se va...

—¡Virtud, virtud! Sal de esa sombra betunera, que te hemos reconocido.

GRETA.—*(A las del «Madrigal».)* ¡Basta ya! No arrastréis más el slogan que lo tenéis hecho un asco.

(Encarándose con Kelly.)

Me lo estaba imaginando. ¿Dónde vas por estos andurrios, Reina? Ese sombrero calado es de fuga manifiesta. Y la muy aprovechada lleva en este maletín su colección de cepillos de dientes. ¿Te ocultabas, eh? ¡Ja, ja, ja! Pues ya quedas descubierta. ¡Y para esto habrás dado una carrera arrimándote a las paredes!

OTTILIA.—¡Ella es! No consiguió nada para sus apestosos. Y tú, la más apestosa, quieres ahora tomar el Oriente Esca-

rabajo. Pues te vas a llevar un chasco, que no sale, mentirosa, prometedora.

(Todas la rodean, muy acoquinantes.)

EL MADRIGAL.—Te hicimos caso, rasgamos nuestros stores de encaje, nos sentamos encima de nuestra abuelita hasta asfixiarla con su cría de gatos, salimos a pasearnos desnudas jugando a la pelota por los parques públicos y volvimos llorando acatarradas. ¡Virtud, virtud!

KELLY.—*(Llorosa.)* ¡Dejadme marchar, dejadme...!

OTTILIA.—Sujetadla, no la dejéis escapar, hay que obligarla a que ordene el orden de cada cual, el régimen de cada persona.

GRETA.—¿Dónde vas, si no hay Oriente? Todo está desorientado. El horizonte se enrolla sobre nosotras.

KELLY.—*(Que vuelve a debatirse.)* Por vuestra culpa. También yo quería más y más sin saber cuál era el más de tanto como quería. ¿Dónde está el más! El más sin más no es nada más. ¿Por qué habéis pedido tanto! ¿Por qué lo he pedido yo? Yo era una más de los vuestros y no había prometido nada.

EL MADRIGAL.—Hiciste muy mal, muy mal, tu deber era prometer. ¿Y qué va a ser de nosotras sin máquinas Singer, ni Oriente Express...?

—Ahí lo tienes, por tu culpa, con sus propias vías a cuestas, con las cortinas desgarradas y las botellas de champán todas ellas guillotizadas.

KELLY.—¿Cómo podía saber que todo lo que pedían me lo pedirían a mí? Abdico y me voy en tren, ésa es toda mi ilusión por ahora.

EL MADRIGAL.—Pues abdicarás a pie. Se acabaron los transportes. Ese convoy de ilusión no sale ya.

KELLY.—Sí saldrá. Yo haré mi último esfuerzo de reina y saldrá por última vez.

OTTILIA.—¡Ya se ve, era una traidora!

(Rumor de muchedumbre que se acerca.)

Pero nada ha de valerte. ¿Oyes venir por ti a esos pobres necesitados? Los que pedían lo debido vienen a pedirte cuentas y caerás si ya no prometes algo que nos dé satisfacción de todo. Y esas tontas tan conformizas también caerán.

EL MADRIGAL.—¿Nosotras? ¡Ah, qué injusticia!

(*Aterradas.*)

Sigue prometiendo, Kelly, como hacías en los buenos tiempos de tus despóticas promesas y en que estabas para comer-te de lo guapa y lo decorosa. ¿Qué te cuesta prometer? Que no les falte ilusión a estos desilusionados...

—Sigue prometiendo, Kelly, sálvanos.

(*Con el rumor de la muchedumbre, cuya presencia es sólo sugerida, entran el Gran Marcial, Nosferatu, Azul y el Aprendiz, muy agresivos. Kelly se enfrenta con la situación revestida de autoridad y ya en secreto acuerdo con el partido madrigalista.*)

KELLY.—(*Por lo bajo, al «Madrigal».*) Ayudadme, compañeras, necesito vuestro sufragio.

(*Alto, a todos los demás.*)

Deteneos, hermanos míos, que yo no os he traicionado. Somos libres y los libres también corren hacia atrás, si es su capricho. Huiré, sí, pero en vuestra compañía. Hay que alcanzar lo imposible, que siempre está en otra parte. No sabéis hacia qué mundos tan ricos lleva ese tren. El ser cobardes y huir es un placer traicionero que da muchísimo gusto. ¿No queréis morir de gusto? Pues traicionaros a vosotros mismos y os prometo que nos vamos a derretir.

AZUL.—Nos engañas, no te creemos. ¿Cómo son los hombres de allí? ¿Se les ve o no se les ve? Porque yo quiero uno entreverado.

(*Ríe con sorna y amargamente.*)

OTTILIA.—Nos engaña. Todo esto es una trampa. Nos quiere llevar sumisos hasta las fronteras del embeleco. Hay que matarla.

KELLY.—No os engaño. Probad antes de matarme. Tomad el Oriente Express, y si no os gusta, nos podemos tirar en marcha.

GRETA.—¡Ah, la tentadora! Y, a lo mejor, me desnucó.

EL GRAN MARCIAL.—Me gusta porque es liosa y no se la puede creer. ¿Tú que opinas, Nosferatu?

NOSFERATU.—Sólo quiere ganar tiempo. ¿Para qué? La muerte acecha a dos pasos. Kelly, estás enferma y deliras. ¿A dónde quieres llevarnos?

KELLY.—A un sueño de retroceso, a la última tentación.

EL MADRIGAL.—¡Oh, sí!

(*Cantando con verdadero hechizo sirenaico.*)

Ya se va el Oriente Express, con sus viajeros de boca breve en sus trajes verde lagarto...

—Todos con zapato de baile, todos impávidos y levísimos sobre el vaivén de los raíles...

—Llueve postín en la ciudad, empenachada de endrinas plumas...

KELLY.—¿Las escucháis, qué bonito? ¡Qué razón llevan las cursis!

EL MADRIGAL.—Ya pasan por los paisajes llenos de arpías y de euménides...

—El aire es ira de Medea y flotan capuchones de gasa...

—Ya se incorpora el convoy por los almohadones del Bósforo y por la oscuridad llena de encanto...

EL GRAN MARCIAL.—Como bonito sí es bonito, pero debe ser propaganda, como toda la poesía.

EL MADRIGAL.—Silba la locomotora al entrar por la sombra del pelo de Siberia y al meterse de rondón en China, donde los revisores vienen a lamerte la cara y a morderte en las orejas. ¡Ay, qué gusto...!

—Que nunca se acabe el Oriente Express y que pasemos la vida cenando trufas con miel en su restaurante que nos mece y nos mece sin más parar. ¡Laaa...!

(*Todas levantan la pierna al mismo tiempo.*)

OTTILIA.—Tío, nos está embaucando, y tú lo sabes, esa puerca coronada. Nos la quiere dar con queso y con el antiguo régimen.

(*A Kelly.*)

¿Tú crees que si me vuelvo conservadora volverá a salirme un novio como aquel otro que perdí?

EL MADRIGAL.—¿A quién no le sale un novio en el Oriente Express? ¡Tonta debieras ser...!

—Si hasta el fogonero baja ruborizado y contento de lo bien que lo ha pasado en ese tren...

—Como que va vestido de novio y sin una mancha, que es lo milagroso.

AZUL.—¡Si yo encontrase el amor entre aquellos pasajeros...!

EL MADRIGAL.—Lo encuentras, no cabe duda. Bien pudiera ser un ruso, ¿te imaginas? Cubierto de piel de Rusia de los pies a la cabeza...

—En ese loco viaje todo es posible. Una novela de gusto entre Carlos y Federicas...

—No deberíais dudarle más. Hay que volver al pasado y tener ricas preases.

GRETA.—Y eso, ¿qué es?

EL MADRIGAL.—Pues ir con un baúl facturado a todas partes.

AZUL.—Eso es ya mucha promesa. No lo creemos.

EL APRENDIZ.—¿Cuántas gorras caben en un baúl?

EL MADRIGAL.—Las suficientes para irlas tirando en compás de espera hasta San Petersburgo.

EL APRENDIZ.—A kilómetro por gorra no saldría muy mal parado.

(Azul, en un arrebato, se ha puesto a tocar el violín, en tono de la más miserable y dulzona nostalgia. Kelly ha ido ganando paso a paso la subida al último vagón.)

EL GRAN MARCIAL.—Kelly, sé que nos engañas y también te engañas tú, pero habría de ir contigo en ese tren, aunque fuera el último.

(De pronto, se escucha un largo silbido ululante que a todos deja sobrecogidos. Tirita el violín en un trémolo igualmente angustiados. Lentamente, en el horizonte tejido de vías hacia el mismo rumbo fatal, se levanta una Luna gorda y cubierta de chichones apocalípticos. Desolación.)

Todo se inunda de una lividez espantosa. Los mismos ademanos acosados del principio. Kelly, sombría y melancólica, ha subido con su maletín al balconcillo del último vagón.)

OTTILIA, AZUL, GRETA, NOSFERATU, EL GRAN MARCIAL Y EL APRENDIZ.—*(En concertante.)* ¡Auuuh...! ¡Auuuh...! Esperanos, Kelly. Espera... Aquella luna nos mata, nos sorbe el seso... ¡Auuuh...! ¡Auuuh...! Nos llena de jeroglíficos y sequedad de corazón. No queremos a la luna, no la queremos. Ni queremos a su hombrecillo, contratista de bailarinas. Nos engaña, nos engaña. Desgraciados de nosotros. Tenemos la curiosidad malsana y la propaganda ferviente, tenemos la pasión ciega y nos llaman la pobre gente. ¡Auuuh...! ¡Auuuh...!

(Arrastrándose, cayendo los unos sobre los otros en un inútil forcejeo, intentan ganar aquel vagón. Sin embargo, las nenas del «Madrigal» han podido tranquilamente subir a él y ahora enmarcan la figura de Kelly.)

KELLY.—*(Con estentórea voz, que resuena medrosamente en la amplitud de la estación.)* ¡Yo soy la Reina y lo mando...! ¡Que calienten este tren y lo hagan partir sin frenos! ¿Quién me escucha...? ¡Kelly lo manda! ¡Partamos! ¡Ya no hay razón para esperar más!

(Se debaten en el suelo los apestosos del éxtasis y se produce como un gran silencio atento en el que resuena la ansiosa respiración de todos. Otra vez se escucha el escalofriante silbido que se disuelve en una risa mordaz y desafiante. Por un extremo, por donde menos se le espere, aparece el uniformado metralista, el armado de todas armas, con careta de Mickey Mouse. Hay un grito de asombro.)

¿Quién eres tú? Dime, ¿quién eres tú, debajo de esa careta tan ridícula?

MICKEY.—¿Ya no me esperabas, Reina? ¿Ya no contabas conmigo? Pues aquí estoy. Llámame Mickey por llamarme de algún modo si no quieres decir mi nombre... También sabes que ese tren no habría de salir jamás.

KELLY.—Así te mandan a burlarse de mí todas las Naciones Decentes, ¿no es eso? ¿Así llegas en su nombre?

MICKEY.—Y en nombre de la más decente de todas. Kelly, tú has sido nombrada Reina de la gran tragedia y eres quien

va a decidir el final de este conflicto. Yo me pongo a tu servicio y con toda la caterva de mis competentes muchachos.

(Aparecen otros armados y encaretados.)

¡Ja, ja! Si, en verdad, quieres salvarte aquí debe de caer medio mundo y medio de la otra mitad. Según el sistema decimal, son setenta y cinco céntimos de humanidad, poca cosa para los tiempos que corren. Antes que la Aurora llegue, tú lo debes sentenciar sin dudar más.

(Kelly, con un grito, corre a situarse al lado de Mickey y señala a los apestados del inefable deseo.)

KELLY.—Mickey, comienza por ellos y volvamos al pasado, aunque resulte insuficiente. Nos hemos equivocado. Me tienen harta, me tienen hasta mi moño de Reina, que es inútilmente dorado. He llegado a odiar sus sueños y los míos. Hagamos que desde ahora reine el santísimo disparo, que se ponga en manos de cada cual una ametralladora de respeto, que la gente se salude con ráfagas de fuego, que ya no falte jamás en una cena de familia una bomba en la sopa y que se enseñe a sumar en las escuelas a tiro limpio. Y vosotros ya podéis llorar ahora por vuestra suerte. ¡Llorad...!

GRETA.—No nos da la gana, tarasca. Ya puedes mandarnos a hacer un sinfín de puñetas en el espacio, que somos héroes y tenemos más vergüenza que tú y hemos saltado más alto las barreras del infinito.

NOSFERATU.—Te sigues engañando, Kelly, y el alma se te llena de tropezones. En este gremio de la mala muerte hay algo que no puede morir.

OTTILIA.—Sí, que nos mate y nos distraiga de haber nacido.

EL APRENDIZ.—Soy lo suficiente hombre para saber morir como un niño asqueroso.

EL GRAN MARCIAL.—La carrera militar se empieza para terminarla. Ya pueden ir disparando.

AZUL.—*(Disponiéndose a tocar.)* Kelly, aguza bien ese oído y escucha con atención: será la primera vez que te habrán llamado zorra con un solo de violín.

(Trémolo insultante.)

KELLY.—¿Qué esperas, ejecutor? Bárreme a esos ilusos pedigüenos.

MICKEY.—Esperaba que dijese cuanto quisieran, antes de cerrarles el pico, para que así se lleven de este mundo el sabor de la libertad.

(A los armados de su compañía.)

¡Muchachos: en posición de bordar!

EL MADRIGAL.—Llegó el orden virtuoso y la vida laboriosa...
—Tapémonos los oídos, porque estos puntos y aparte suelen ser muy detonadores.

MICKEY.—¡Foguelo y descerraje! ¡Puuuummm...!

(Todos caen en amalgama. Se intensifica la luz y se escucha el «pabuuh» del coche de la Aurora, que ahora llega por lo bajo, limpio y redorado. A su lado el esqueleto mondo y liviano del periodista.)

EL MADRIGAL.—¡Cielos, qué amanecida tan rápida y qué luz tan vinagrera! ¿Y quién es esta señora tan presurosa?

LA AURORA.—¡Salve, pueblo redimido! ¡Salve, Reina de las Abejas! Soy la Aurora del nuevo día y de tu gloria renaciente. ¡Viva el rompe y viva el rasga! ¡Y vivan los picos pardos y los mares procelosos! ¡Ja, ja, ja, ja...!

EL MADRIGAL.—Qué gallarda y qué optimista. Debe ser alguna alegoría.

(La Aurora toma el esqueleto y lo arroja sobre el montón.)

LA AURORA.—¡Adiós, mi podrido amante! ¡Ya cumpliste tu misión!

(Del montón de ejecutados se eleva la risa del Pitiflauti, que poco a poco se alza, con el natural espanto de todos los presentes, menos de la Aurora, que las ha visto más truculentas.)

KELLY.—¡Nosferatu!

NOSFERATU.—Así me llaman. ¡Je, je! ¿Creíais que me par-
tía un rayo? Me veréis resucitar cada mañana, porque a mí
esta vida perra me importa un bledo. Kelly, no te librarás de
mí tan fácilmente. Sigues estando mordida y soy tu amante
afrentoso. Señor Mickey, muchas gracias por todo. Justo has
hecho lo que debías. Es necesario que mueran los más para
que los menos se atracamunden y se inflen de lo prohibido ten-
tador. Kelly, entra en esa máquina dispuesta para tu vuelo
nupcial.

(Violentándola.)

KELLY.—*(Debatiéndose.)* ¡No, no!

*(Nosferatu, acogotándola y tapándole la boca, la arrastra
hacia el fondo del coche. Su mala risa nos es devuelta por
repetidos ecos.)*

NOSFERATU.—Es inútil que te debatas. Sigues siendo la mis-
ma insaciable sin escape. Estas niñas, como abejas de la bue-
na prensa, te reconocen por Reina y te dispensan el pecado.
¿No es eso?

EL MADRIGAL.—Razón llevas, Pitiflauti. Queremos tener a
quién envidiar. Pero, a cambio, pedimos que se restablezca el
Oriente Express para perderlo a diario. Seremos tontas, pero
no santas.

MICKEY.—Eso ya no puede ser. A cada final del mundo le
toca perder un poco.

EL MADRIGAL.—¿Alguna rica presea? Pues... ¡qué pena!

LA AURORA.—Se acabó el final del mundo sin acabarse. ¡Es
el progreso! ¡Adelante en mi coche auroral! ¡Ya podemos al-
zar el vuelo!

KELLY.—*(Debatiéndose en el sofocante acoplamiento del mal
espíritu.)* ¡Socorroooo...! ¿No hay quién me defienda...?

*(El coche comienza lentamente a andar o a levantarse por
los aires sin que en él cese la lúbrica contienda.)*

EL MADRIGAL.—¡Adiós, alma glauca! No temas nada por no-
sotras...

—Las vivas fuerzas del orden nos acompañarán a casa y
guardarán las espaldas...

—Se casarán con nosotros y a los nueve meses... ¡Zas!

MICKEY.—¡Una máquina Singer!

*(Todo se detiene. El actor, quitándose su careta, se dir-
al respetable, complacido o cabreado.)*

MICKEY.—Y aquí se acaba, señores, este maldito AQUELAR
DE NOSFERATU, que ha sido especialmente representado pa-
justísimo castigo de nuestras faltas.

(Toca un pito alarmante y persecutorio.)

¡Desalojen!

(Salida en algarabía.)

FIN

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP